

RANCHO 3.000

clark carrados

Rancho 3.000
Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/364

CAPÍTULO I

Apenas se hubo levantado aquella mañana, Kit Fannion se asomó a la ventana y miró hacia el corral.

Inmediatamente, una gruesa palabrota se escapó de sus labios.

—¡Maldición! ¡Hemos tenido visita de los abigeos durante la noche! —exclamó furioso.

Su padre estaba terminando de vestirse. Al oírle renegar, acudió presuroso a la habitación.

—¿Qué sucede, Kit? —indagó.

El joven —Kit acababa de cumplir en aquel entonces veintisiete años — , señaló con la mano hacia el cercano vallado.

—Mira, papá; nos han robado dos reses esta noche pasada.

El señor Fannion se mostró un tanto incrédulo.

—¿Estás seguro, muchacho? Mira bien, no te precipites en tus juicios.

—Estoy seguro, papá —contestó Kit, separándose de la ventana, para tomar la camisa que tenía sobre una silla —. Anoche conté las reses: eran veintiséis. Cuéntalas ahora si quieres... y no emplees el método de contar primero las patas y dividir luego por cuatro —agregó con amargo sarcasmo.

Se puso la camisa y un sombrero de alas anchas. Tomó el rifle automático y salió de la casa, dirigiéndose hacia el corral.

Volvió a contar las reses; no había duda.

Se habían llevado dos durante la noche.

Estuvo unos momentos, apoyado en la cerca, apretando las mandíbulas, mientras trataba de calmar la ira que hervía en su pecho.

Al cabo de varios minutos, sonó la voz de su madre:

—¡Kit! ¡El desayuno está en la mesa!

—Voy, mamá.

Poco después, se sentaba a la mesa. Llenó su taza de café y se preguntó si el autor del robo había sido el brasileño Alves.

—Las reses faltan —afirmó ceñudamente.

—¿Has visto algún rastro? —le preguntó el padre.

—No. ¿Crees que los abigeos van a dejar rastros?

—Pero no hemos oído el menor ruido durante la noche —alegó su madre—. Y yo tengo el oído muy fino, hijo.

—Mamá —replicó el joven con paciencia —, si yo quisiera meterme a ladrón, tampoco haría el menor ruido ni dejaría rastro que el que deja una hormiga sobre una tabla de mármol.

—Explícate, Kit —pidió el señor Fannion.

—Es muy sencillo, ¿no? Tomas tu aeromóvil, lo suspendes sobre el corral, abres una escotilla, disparas dos dardos anestésicos, lanzas una eslinga y después otra… y, en cinco minutos, tienes dos hermosas terneras en la bodega de carga de tu aeromóvil. Luego… bueno, ¡el diablo busque a los cuatreros!

El señor Fannion se mostró muy preocupado.

—Es el segundo robo que tenemos en año y medio. Si no ponemos coto…

Y dejó la frase a medio concluir.

—Son listos —dijo el joven pensativamente —. No se llevan los toros reproductores, sino las terneras. La falta de un toro se nota mucho más que la de una ternera en un rebaño. Pero no han reparado en que yo cuento todas las reses antes de irme a dormir… ¡y por Dios que estoy dispuesto a acabar con estos latrocinios al precio que sea!

—Kit, por favor —dijo la señora Fannion en tono aprensivo—, no te precipites al actuar. Recuerda las condiciones en que nos permitieron volver a la Tierra…

—Precisamente por eso mismo, mamá —contestó el joven con brusquedad—. Hay alguien empeñado en hacernos fracasar, pero yo no estoy dispuesto a seguirle el juego. Y como yo, somos bastantes, más de los que vosotros mismos creéis.

De pronto, echó su silla hacia atrás y se puso en pie.

—¿Adónde vas, hijo? —preguntó el señor Fannion.

—Quiero hablar con el delegado de Sudeuropa —manifestó el joven, dirigiéndose al cuarto de transmisiones. Por encima del

hombro, añadió —: Dentro de cinco minutos, tendremos el satélite de comunicación en condiciones de transmisión.

Entró en la habitación de transmisiones y se sentó ante una gran pantalla de televisión. Manejó un contacto y la pantalla se iluminó a los pocos segundos.

Esperó algunos minutos. De pronto, una luz de color ámbar titiló en uno de los lados del cuadro de mandos.

El satélite de comunicaciones estaba ya sobre el horizonte. Podía enlazar con Europa.

Pulsó un botón. En fracciones de segundo, una lámpara y un zumbador se pondrían en acción a miles de kilómetros hacia el Este.

Un minuto después, apareció en la pantalla una cara humana.

—¡Kit!

Era Ramón Losar, el delegado de Sudeuropa.

—Hola, Ramón —saludó el joven —. Tengo una noticia que darle y no buena, precisamente.

—Adelante —dijo Losar, un hombre de treinta y cinco años, cabello oscuro y aspecto agradable.

—Me han robado dos terneras esta noche.

Losar emitió un silbido.

—Abigeos, ¿eh?

—Así es. Se trata del segundo robo de ganado que sufro en año y medio. Y como usted sabe, no es el único desde hace una temporada. Por eso desearía que convocase una reunión de todos los rancheros de su zona. Hay que atajar los robos de ganado al precio que sea. ¿Me oye? ¡Al precio que sea!

—En principio, estoy de acuerdo, Kit —respondió Losar—. Sin embargo, hay que tener mucho cuidado con eso de «a cualquier precio»» Los abigeos nos crean dificultades, pero si actuásemos saltándonos de las normas, nuestras dificultades serían aún mayores.

—Conforme, pero tampoco hemos de cruzarnos de brazos y dejarnos robar, ¿verdad?

—Desde luego, Kit. De todas formas, lo mejor será que se calme —recomendó Losar—. Voy a convocar la reunión, pero primero hablaré con los delegados de otras zonas: África, Nordeuropa, las dos Asias, Norte y Sur, Australia, Sudamérica... Esto me llevará casi todo el día, Kit.

—¿Cuándo cree que se celebrará la reunión, Ramón? —quiso saber el joven.

Losar vaciló un poco.

—Mañana, a estas horas.

—De acuerdo. Allí me encontraré con usted y los demás»

Y cortó la comunicación.

Más tarde, la señora Fannion, todavía joven y de rostro atractivo, le encontró revisando el rifle.

La cara de la señora Fannion expresó alarma y pena a un tiempo.

—Hijo —murmuró—, ten mucho cuidado con lo que vas a hacer.

—Mamá —respondió él—, puedes estar segura de que yo no cometeré ningún acto violento, a menos que me ataquen. Pero es hora de que acabemos con los robos o, de lo contrario, se perderá el esfuerzo que llevemos hecho en todos estos años.

—Recuerda las condiciones en que nos dejaron volver a la Tierra: paz y orden. Nada de violencias; de lo contrario, la colonización sería suspendida y nos obligarían a abandonar el planeta.

—Eso es cierto, mamá —convino el joven —. Y nos dieron armas para defendernos solamente contra los animales salvajes, si los encontrábamos. Pero tú también sabes que el Inspector Jefe Macawberry llegará dentro de dos meses.

El rostro de la señora Fannion se ensombreció aún más.

—Sí —dijo—. Lo sé.

—Macawberry traerá órdenes directas de la Pentarquía. No querrá excusas; pedirá resultados. Y ya puedes imaginarte cuál será su decisión si encuentra que nuestra situación en la Tierra no es la que se espera.

—Pero podéis explicarle…

—Mamá —contestó Kit—, aunque era mucho más joven la última vez que vi a Macawberry, creo conocerle bien.

—Sí, es un sujeto un tanto déspota y autoritario.

—Que, con tal de conservar su preeminente posición, es capaz de cualquier cosa. Y no olvides tampoco que un Inspector Jefe de Colonización Planetaria tiene siempre plenos poderes para hacer y deshacer. Además…

Kit hizo una pausa. Dejó el rifle sobre la cama y se puso en pie.

—Los Pentarcas no vieron nunca con buenos ojos la recolonización de la Tierra. Sólo cedieron cuando la presión popular se hizo irresistible... pero, aun así, el plazo que se nos concedió fue demasiado exiguo.

—Veinticinco años — murmuró Anna Fannion.

—Yo tenía diecisiete cuando llegamos aquí. Llevamos diez. Nos quedan quince más de plazo. En ese tiempo, se ha de saber si la Tierra puede ser habitada de nuevo o no... más que habitada, si está en condiciones ecológicas suficientes para permitir su nueva repoblación en todos sus sentidos.

¿Qué sucederá si alguien empieza a crearnos demasiadas dificultades?

Anna Fannion asintió. Era fácil imaginárselo.

—Pero este planeta es el nuestro. Aquí nacieron nuestros antepasados y de aquí surgió la civilización que se expandió por todos los planetas habitables de la Galaxia —añadió el joven con acaloramiento—. Y tenemos pleno derecho a vivir en él.

—Kit, por favor —rogó la mujer un tanto temerosa.

El joven sonrió.

—Perdona, mamá; me he excitado un poco. En lo sucesivo, te prometo conservar la calma —le dio un beso—. Bueno, y ahora, a trabajar; es la hora de sacar las terneras al pasto.

Salió de la habitación silbando alegremente.

La señora Fannion sonrió. Movió la cabeza.

—Tiene veintisiete años —murmuró para sí—. Es hora ya de que empiece a buscar pareja... y en la Tierra hay algunas chicas muy guapas y muy buenas, que también están necesitando su pareja. ¿Cuándo se decidirá a casarse de una vez? —terminó con un suspiro.

CAPÍTULO II

Todavía no había salido el sol, cuando Kit, con el rifle en la mano, se acercó al aeromóvil que estaba situado en un lado del patio del rancho.

Sus padres le acompañaron hasta el vehículo. Este tenía forma aproximadamente ovoide y disponía de dos pequeñas alas

horizontales y un timón vertical, por medio de las cuales dirigía la marcha.

Para la propulsión en todos los sentidos utilizaba un neutralizador de gravedad, cuyos efectos podían ser orientados en sentido ascendente, descendente u horizontal. El interior era cómodo y confortable.

La señora Fannion le dio los últimos consejos sobre moderación. El señor Fannion dijo:

—Pórtate bien y recuerda que te apoyaré en las decisiones que tomes en nombre de la familia.

—Gracias, papá —sonrió el joven—. No te preocupes, mamá. Antes de la noche, estaré de vuelta.

Montó en el aparato, ató el rifle y se sujetó con las correas en el asiento del piloto. Dentro de dos horas, se hallaría en el Levante de la Península Ibérica, que era donde Ramón Losar, el delegado de Sudeuropa, tenía su rancho.

Agitó la mano. Luego presionó el botón de puesta en marcha y movió la palanca de ascenso.

El aparato se remontó suavemente al principio, con mayor velocidad después. A poco, Kit le hizo tomar una dirección oblicua, que tenía un ángulo muy agudo con la horizontal de la Tierra.

Aceleró hasta rebasar la velocidad del sonido. La altura máxima a que podía llegar con el aeromóvil era de setenta y cinco kilómetros.

A los setenta mil metros, tras consultar el altímetro, niveló el aparato. Entonces, aceleró hasta que el velocímetro señaló cinco mil kilómetros a la hora.

Poco después, se hallaba sobre el Océano Atlántico. Calculó que, en hora y media escasa más, tendría que empezar a descender.

Pasaron los minutos. El radar terrestre le reveló las Azores. Un poco más y divisaría las costas occidentales de la Península Ibérica.

De repente, sintió un choque.

Fue como si el aparato hubiese recibido una pedrada.

Miró en todas direcciones, extrañado.

El ruido se repitió. De pronto, notó que la presión en la cabina disminuía rápidamente, lo mismo que la temperatura.

La sangre se le heló en las venas. Algo había perforado el casco del aparato.

El instinto le hizo manejar los mandos, haciendo que el aeromóvil perdiese altura rápidamente. Aumentó el aflujo de oxígeno al mismo tiempo y también la calefacción.

El aparato perdió altura con gran rapidez. Los niveles de oxígeno y temperatura se conservaban, hasta cierto punto, de modo satisfactorio, pero entonces se encontró con un serio inconveniente.

Al descender, el aparato entró en capas más densas de la atmósfera. La intensidad del frotamiento aumentó.

Esto le hizo refrenar la marcha. Se preguntó si tendría tiempo de llegar a zona respirable, antes de que se hubiese hecho el vacío en el interior del aeromóvil.

Percibió dos o tres golpes más. En un principio, había pensado que se trataba de meteoritos, cosa bien rara aun a setenta mil metros de altura, pero ahora ya no le cabía la menor duda de lo que sucedía.

¡Estaba siendo atacado!

Mientras procuraba respirar lentamente, a fin de efectuar un menor consumo de oxígeno, conectó los televisores instalados frente a sí.

El aparato disponía de varios periscopios. Tras unos ensayos con los mandos, divisó la imagen de un aeromóvil idéntico al suyo, que descendía raudamente de lo alto hacia él.

El aeromóvil no llevaba signos distintivos que lo identificasen. Kit comprendió que se trataba del aeromóvil de los abigeos.

Por alguna razón que desconocía, aunque, en cierto modo, relacionado con la reunión planeada, querían eliminarle.

Consultó el altímetro. Estaba a cuarenta y tres mil metros sobre las olas del Atlántico.

Demasiada altura todavía. Apretando los dientes, procuró infundir al aparato la máxima velocidad compatible con su seguridad.

Una bala entró en la cabina y destrozó la pantalla del televisor. Otra le rasgó la hombrera de la camisa.

Se tiró al suelo y rodó sobre sí mismo hacia la parte posterior del vehículo, cogiendo el rifle al pasar. Le gustase o no, tenía que abandonar el aparato.

Ni siquiera tenía ya tiempo de dar la alarma. Las balas llovían sobre el aeromóvil como el granizo. Era evidente que los forajidos

—quienes quiera que fuesen — habían instalado armas en el exterior de su aparato.

Y las usaban pródigamente, no había más que ver. La cabina estaba siendo destrozada a conciencia.

Con tal de que el mecanismo del salvavidas no hubiera sido alcanzado, pensó.

Hacia la parte central del aeromóvil había cuatro salvavidas en forma de cilindro, capaz de contener a una persona cada uno de elfos. Se metió en el primer cilindro y lo cerró herméticamente.

Al alcance de su mano tenía un botón rojo» Hundió el pulgar a fondo.

En el acto sonó una explosión y se sintió lanzado al aire con inenarrable violencia. Le pareció que se quedaba sin aire en los pulmones y que todos los huesos se le iban a convertir en fragmentos como gravilla.

Un segundo después, percibió un choque terrible.

Con los ojos dilatados por el espanto, vio que la pared del interior del salvavidas se combaba hacia adentro. ¿Qué había sucedido?

El cilindro volteó alocadamente, agitándole como una castaña dentro de un coco vacío. Por unos momentos, Kit llegó casi a desvanecerse.

Sintió que el salvavidas descendía velozmente. El aire silbaba en torno suyo.

De pronto notó un brusco frenazo. El paracaídas funcionaba.

Respiró aliviado, iba a caer en el mar y, aunque molido, conservaba la vida.

El salvavidas estaba dotado también de altímetro. La distancia hasta la superficie del Océano era de veinte mil metros todavía.

Aún habría de pasar algunos minutos antes de que pudiese abrir una escotilla y respirar el aire puro. Pero el aparato disponía, en su parte inferior, de una mirilla de observación.

Arrodillándose —el espacio era justo, pero lo permitía—, levantó la tapa protectora de la mirilla.

Entonces, muy lejos, divisó un puntito que caía velozmente hacia el abismo.

A poco, perdió el aeromóvil de vista. Entonces supo que la explosión que había lanzado fa cápsula salvavidas al espacio, había

provocado el choque de éste con el vehículo atacante.

Con toda seguridad, el impacto había roto alguno de los vidrios de las ventanillas, provocando una súbita descompresión en el interior de la cabina. Los tripulantes hablan perdido el conocimiento y dejado de gobernar el aparato.

Poco después, vio una mancha blanca en el azul del Océano. El aeromóvil atacante acababa de hundirse en el seno de las aguas.

Su situación, sin embargo, no era mucho más cómoda. Se había salvado por el momento, sí. Pero ¿quién vendría a salvarle?

Momentos más tarde, la cápsula se hundía en las aguas. Penetró unos cuantos metros y luego, su propia flotabilidad la empujó a la superficie.

Abrió la mirilla lateral. Casi resultaba un milagro el haberse salvado después del tremendo choque con el aparato atacante.

El mar estaba bastante tranquilo. Podía abrir la escotilla superior de escape.

Un chorro de aire marino invadió sus pulmones. En silencio, dio gracias a Dios por haber salvado la vida.

Parte del paracaídas estaba todavía flotando sobre las aguas. Kit presionó un botón y los atalajes se desprendieron automáticamente.

El viento arrastró la tela, permitiéndole una visión completa de cuanto sucedía a su alrededor.

Estaba solo en la inmensidad del Océano.

Por un momento, se sintió lleno de un profundo desánimo. Pero no tuvo tiempo de reflexionar sobre la crítica situación en que se hallaba.

Algo chispeó por encima de su cabeza. Asombrado, levantó los ojos y divisó un aeromóvil que descendía sobre él.

—Gracias, señor —murmuró con fervor.

El aeromóvil se estabilizó a tres metros de distancia de la superficie del mar. Se abrió una escotilla y alguien lanzó una escala de cuerda.

—¡Suba! —gritó una voz fresca y juvenil.

Kit no desaprovechó la ocasión. Asió el peldaño más próximo y se izó a pulso.

Momentos después, estaba a bordo del aeromóvil que de modo tan providencial había aparecido.

Entonces comprobó, con asombro, que el piloto era una mujer.

—Hola —sonrió ella — . Me alegro de haber llegado a tiempo.

—No lo sabe bien —contestó Kit, dejándose caer sobre el asiento contiguo al del piloto—. Creo que toda la vida le estaré agradecido por su más que oportuna intervención. Mi nombre es Kit Fannion.

—Me llamo Irina Petrovna, delegada de Orienteuropa —se presentó ella.

Era una muchacha de rostro atractivo, cabellos cortos, muy negros y sonrisa expresiva.

Kit calculó que tendría unos veintitrés o veinticuatro años. La vio muy bien formada y, aunque estaba sentada, pudo darse cuenta de que era de buena estatura, sin exageraciones desagradables. Las ropas que vestía, livianas, un poco ajustadas, mostraban unas formas esbeltas y atractivas.

—Mi padre es delegado de Norteamérica —contestó él —. Pero por lo general, suelo yo actuar en su lugar.

—Y caer al agua también en su lugar —rió Irina de manera agradable—. ¿Qué le ha sucedido? Estos aeromóviles no se averían tan fácilmente. Mejor dicho, nunca las tienen.

—Cuando no son atacados a tiros — respondió él, ceñudo.

Irina se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué dice, Kit? No estará hablando en serio.

—Ya lo creo —dijo Kit—. Usted me ha salvado de una crítica situación, pero el trago peor fue allá arriba, a setenta kilómetros, cuando mi aparato recibió los primeros disparos. No fue agradable, se lo aseguro.

La muchacha se espantó.

—¡Dios mío! ¡Esto es horrible! Por favor, cuénteme lo que le ha sucedido, Kit.

El joven hizo un somero relato del incidente. Terminó:

—Ignoro en absoluto los motivos por los cuales he sido atacado. Es decir, me imagino algo al respecto, pero no acabo de comprenderlo. A menos que esos tipos pertenezcan a la banda de abigeos que se dedica a robar en los ranchos.

—Pero dos terneras no solucionan nada, Kit —alegó ella.

—Pueden existir otros motivos más poderosos que el simple robo de unos cientos de kilos de carne, Irina.

—¿Cuáles? —pidió ella.

—Evitar la recolonización del planeta —contestó Kit, en tono

sombrío.

CAPÍTULO III

Ramón Losar, el delegado de Sudeuropa, vivía en la costa oriental de la Península Ibérica, en la falda de una colina sombreada por numerosos árboles y situada frente al azul Mediterráneo.

La casa principal era de mampostería, encalada en blanco. Un arroyo cruzaba cerca y proporcionaba agua suficiente para el consumo y el riego de las plantas, así como para las reses que cuidaba Losar.

Cerca de la casa había una vasta explanada, destinada al aterrizaje de los aeromóviles. Manejando el suyo con habilidad, Irina tomó tierra.

Ya había unos cuantos detenidos en la explanada.

—No hemos sido los primeros en llegar —observó Kit, un segundo antes de abrir la portezuela.

No había abandonado el rifle. Saltó a tierra y levantó la mano para ayudar a la muchacha a descender.

—¿Es necesario que lleve consigo un arma? —preguntó Irina, con el ceño fruncido.

—Después de lo que me ha ocurrido, no quiero correr riesgos —respondió Kit con gesto ceñudo.

Ramón Losar llegaba en aquellos momentos.

—¡Kit! ¡Irina!

Los tres se saludaron.

—No sabía que conociera a Irina —observó Kit.

Losar se echó a reír.

—Querido amigo, debe recordar que somos apenas tres mil los habitantes actuales del planeta. Además, los delegados deben conocerse entre sí; forma parte de sus obligaciones.

—Confieso que he estado muy ocupado hasta ahora — manifestó Kit—, Y lo siento, porque no haber conocido a Irina antes, significa una grave pérdida de tiempo.

—Que estás dispuesto a recuperar, ¿no es así? —rió Losar.

Irina se sonrojó.

—Sería mejor que dejasen de hablar de mí —dijo—. ¿Qué hay de nuevo, Ramón?

—Vayamos a mi casa —contestó el delegado sudeuropeo —. Ya hay otros delegados y los que faltan no tardarán mucho en llegar. Mientras tanto, tomarán algo de comer y de beber.

Dentro de la casa, fueron atendidos por Susana, la esposa de Ramón, una atractiva trigueña de treinta años, madre de tres niños, que correteaban por la casa y sus alrededores.

—Me siento muy orgullosa de que hayan nacido en la Tierra —confesó Susana —. Pero más todavía de que vivan en ella. Aquellos planet... «Allí» no es buen ambiente para unos niños. En todos los sentidos: físico y espiritual. El clima no es bueno... y las costumbres demasiado deleznables.

Susana tenía razón, pensó Kit. La moral del mundo de la Pentarquía era muy acomodaticia... casi se podía decir que no existía, al menos en lo referente a ciertos aspectos de la vida humana.

En otros, en cambio, era de una rigidez casi absoluta. Un ladrón, un prevaricador, podían sufrir graves penas, incluso la pérdida de la vida. Era un mundo con demasiados contrastes.

Y ellos querían volver a habitar la Tierra. Que fue como lo había sido en otros tiempos, centenares de años antes.

Libres, pero respetuosos con la libertad de los demás.

Entró Ramón Losar cuando terminaban de comer.

—Ya están casi todos los delegados —anunció—. La reunión va a dar comienzo.

Pasaron a un salón vecino, de modesta decoración, pero amplio y bien cuidado. Había allí basta una docena de personas de diferentes sexos y edades.

Kit e Irina saludaron a los delegados. Después, Losar, como anfitrión, se situó en el centro de la pieza y habló.

—Amigos, vamos a ver si resolvemos un grave problema que nos afecta a todos... que puede afectar incluso a nuestro futuro y al de nuestros descendientes. Y para empezar a hablar, opino que el delegado de Norteamérica debe ser el primero en exponer sus quejas.

Kit se puso en pie.

—En año y medio me han robado tres reses —declaró —. Pero

eso no es todo. Esta mañana, cuando me dirigía hacia aquí, un aeromóvil desconocido me atacó y derribó el mío. Estoy vivo poco menos que de milagro... y con la colaboración de la delegada de Orienteuropa.

Hizo una rápida narración de lo sucedido y terminó:

—Pido a la asamblea de delegados una resolución que permita poner fin a estos incidentes. No soy el único a quien le ha sucedido una cosa semejante y opino que es preciso actuar antes de que sea demasiado tarde.

Roy N'gobo, el delegado africano, de tez apenas oscura, por el sucesivo cruzamiento de razas, se puso en pie.

—A mí me robaron tres bueyes hace siete meses. Los ladrones llegan por el aire, pero nos resulta imposible detectarlos. La Pentarquía nos permitió instalar medios de comunicación, pero no detectores. Mientras no consigamos radares, estaremos indefensos, a merced de los cuatreros.

—Mi opinión coincide con la del delegado africano —declaró Hans Uffelt, el delegado nordeuropeo—. Es preciso solicitar detectores cuanto antes. O instalar puestos nocturnos de vigilancia, con armamento para rechazar a los ladrones por la fuerza.

Losar agitó las manos.

—Calma, amigos —aconsejó —. Todavía, creo yo, no ha llegado la hora de la violencia. Además, es lo último que debemos hacer. Recuerden todos las condiciones en que se nos permitió venir a la Tierra.

—Nos dieron armas para defendernos de los animales salvajes —protestó Yuan-Hi, el delegado de Orientasia—. ¿Y qué es un ladrón, sino un animal salvaje?

—El Inspector Jefe Macawberry llegará dentro de dos meses —manifestó Losar —. Podemos esperar y exponerle a él nuestras quejas.

—¡Esperar! —resopló Juan Miralles, el delegado de Sudamérica —. La semana anterior me robaron cuatro terneras. A este paso, cuando llegue Macawberry, encontrará mis corrales vacíos. «¿Y ésta es la colonización que pretendéis llevar a efecto?», me preguntará. ¿Qué le diré yo entonces? «Hay ladrones de reses, Excelencia». «Ladrones, bah. No me haga reír, Miralles. Empaque sus cosas y lárguese a la Pentarquía». ¡Y yo no quiero dejar la Tierra! —terminó

el sudamericano con acento exasperado.

Fue casi el discurso más largo de todos.

Losar preguntó:

—¿Algunos de los presentes sospecha de alguien en particular?

Hubo una pausa de silencio.

De pronto, se levantó una mano. Era la de Ito, delegado nipón.

—Paulo Alves no cría reses —dijo.

—Paulo Alves —declaró Losar— se ocupa de los cafetales que nos surten a todos de café. Bastante trabajo tiene para andar criando terneros, además.

—Sí, pero de cuando en cuando, un buen filete de ternera, a nadie le amarga —exclamó N'gobo.

—No habiendo pruebas, la acusación se rechaza por improcedente — dictaminó Losar.

—Entonces, volvemos a estar como al principio —dijo Kit desanimadamente—. Palabras y más palabras, pero nada de acción. ¡Y necesitamos acción!

Irina se levantó.

—Voy a hacer una proposición. Nombremos un comisario, con plenos poderes, para investigar lo ocurrido. Creo que es lo mejor que podemos hacer.

—Es una buena idea —aprobó Ito.

—Magnífica —alabó Yuan-Hi.

—¿Y quién será el comisario? —quiso saber Uffelt.

—Propongo a Kit Fannion —dijo Irina sin titubear—. Me parece el más adecuado.

Kit respingó.

—Eh, que yo...

Irina se volvió hacia él.

—¿No es usted el que pedía acción hace un momento? — Miró a los restantes delegados—. ¿Qué contestan?

—Aprobado —dijeron todos a coro.

—Un momento —dijo Kit —. Faltan dos o tres delegados: Australia, Britania...

—Peter Wood es el delegado australiano y se mostrará conforme en seguida — manifestó Losar—. También a él le han robado unas cuantas ovejas.

—¿Y Stensiyll, el británico?

Irina sonrió.

—Ese quiere que le dejen tranquilo en sus islas. No dirá que si ni que no; se limitará a encogerse de hombros. Es inglés...

—Y luego —rió N'gobo estruendosamente—, cogerá un azadón y se dirigirá a las ruinas de Glasgow, a buscar algún sótano con botellas de whisky. Eso es lo único que le interesa.

Sonaron varias carcajadas. La tensión parecía desaparecer.

—Una vez me lo encontré yo en el antiguo emplazamiento de Jerez —dijo Losar—. El tío estaba muy satisfecho; había encontrado las ruinas de una bodega y pudo sacar hasta doce botellas de vino. Menos mal que me regaló un par de ellas —añadió.

—Está bien —exclamó Irina —. Entonces, ¿se confirma el nombramiento de Kit Fannion para comisario especial, con plenos poderes para resolver este enojoso problema? ¿Estamos todos de acuerdo?

Doce gargantas respondieron afirmativamente al unísono.

Irina se volvió hacia el joven.

—Kit, en usted confiamos —dijo—. Si fracasa... es casi seguro que Macawberry cerrará el planeta y nos devolverá a la Pentarquía.

—No fracasaré —prometió él en tono solemne.

Más tarde, tras algunas discusiones complementarias, se disolvió la reunión.

Losar invitó a Kit y a Irina a pasar el resto del día y de la noche en su casa.

A la hora de la cena, volvieron a comentar los sucesos del día.

—Sería terrible tener que dejar la Tierra —murmuró Losar, estremeciéndose—. Muy desagradable.

—Hemos vuelto aquí como avanzada de los colonos que quieren regresar al planeta después de mil años de ausencia — dijo Kit—. Nuestros antepasados tuvieron que abandonar la Tierra después de aquella horrenda guerra nuclear que la tornó inhabitable... incluso para los escasos millones que sobrevivieron.

»En mil años, la atmósfera se ha purificado por completo y el suelo ha perdido su radiactividad. La Tierra se ha convertido de nuevo en un vergel, restableciendo por sí sola el equilibrio natural de las especies animales y vegetales, aunque con algunas mutaciones, debidas a la radiactividad. Esas mutaciones, sin embargo, han sido menores de lo que esperábamos.

»Y —concluyó el joven su apasionada perorata —, ¿vamos a abandonar ahora este vegetal, después de mil años de lucha por volver a él? ¡No, rotundamente, no! Combatiremos con todas nuestras fuerzas para seguir en la Tierra, lo prometo.

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente, Kit se despidió de Irina y de sus anfitriones.

Irina residía en Crimea.

—Venga a verme en cuanto tenga ocasión —le invitó—. Siempre será bien recibido.

—Lo haré —aseguró él, estrechando su mano, fina y fuerte—. Se lo prometo.

Irina partió. Kit contempló el aeromóvil hasta que se hubo perdido de vista.

—Es una buena muchacha —alabó Losar—. Te recomiendo que vayas a visitarla en tus días de descanso. Eres soltero y... ¡ejm, ejem!

Losar tosió maliciosamente.

—El horno no está para bollos —gruñó Kit—. Bueno, tendré que utilizar tu aeromóvil para realizar las pesquisas.

—Úsalo todo el tiempo que quieras —concedió Losar generosamente.

Ya se tuteaban.

Poco después, Kit subía al aparato.

—No te preocupes —dijo Losar—; yo hablaré con tus padres. Y si tienes que emplear mucho tiempo en tus investigaciones, procuraremos ayudar en las labores de tu rancho.

—Gracias, Ramón —sonrió el joven, atándose las correas de sujeción.

Partió unos segundos más tarde. A poco, había alcanzado ya los setenta mil metros.

Conectó todos los televisores; esta vez, no quería ser sorprendido.

Examinaba las pantallas con frecuencia. Por el momento, no había enemigos a la vista.

Se preguntó quiénes serían y a quién obedecían los que le habían atacado.

¿Era posible que hubiese traidores entre ellos?

Tal vez, se dijo. La promesa de una buena recompensa a su regreso a la Pentarquía, podía haber decidido al o a los supuestos traidores a revolucionar la colonia.

Entonces, el Inspector Jefe Macawberry, cuya antipatía hacia la Tierra era bien notoria, daría orden de cierre y todos regresarían al punto de partida.

No podía consentir una cosa semejante; aunque no había nacido en el planeta, se sentía tan terrestre como sus antepasados.

Consultó el altímetro. La cifra 70.000 aparecía invariable.

—¡Qué generosos! — rió con amargo sarcasmo.

Podían tener aeromóviles, en efecto. Pero, a fin de cortar toda veleidad de exploración de los planetas del Sistema Solar, la Pentarquía había instalado un freno altimétrico en los aeromóviles.

Cuando alguno de los vehículos rebasaba los setenta y cinco mil metros, el freno altimétrico actuaba automáticamente y el sistema de propulsión se detenía.

Privado de sostén, el aparato caía durante quince mil metros. Sólo entonces volvía a funcionar el motor.

Y tampoco tenían radares. Comunicaciones sí, dada la exorbitante distancia entre los ranchos y las granjas. Pero nada de radares, que pudieran detectar astronaves.

Algunas de éstas —ya había sucedido —traía un Inspector Jefe para realizar una inspección repentina de la colonia. Con radares, las inspecciones sin previo aviso no habrían sido posibles.

Se encogió de hombros. En fin, ahora, el problema más importante era el de hallar y destruir la banda que, so capa de latrocinios, trataban de perturbar la vida de los colonos.

* * *

Pocas horas después, avistó la costa brasileña.

Paulo Alves residía a unos cien kilómetros escasos de la costa, a orillas del río Mateus.

Tenía la hacienda emplazada en una meseta, de las estribaciones de la Sierra Aimorés, a unos cuatrocientos metros de altura sobre el

nivel del mar, de ambiente relativamente seco y temperatura benigna durante todo el año.

Alves se cuidaba del café para toda la Tierra. No criaba más que animales domésticos: pollos y gallinas, exclusivamente para su uso particular. El cultivo de! café absorbía la mayor parte de su tiempo.

Avistó la hacienda desde un par de miles de metros de altura y empezó a dar vueltas para descender.

Cuando estaba a unos doscientos metros, vio salir de la casa a unos sujetos.

Aceleró el descenso. La actitud de los individuos no podía ser más sospechosa.

Salían corriendo, pero no para recibirle, sino para huir.

Kit divisó un aeromóvil parado a corta distancia de la casa. Los individuos, tres o cuatro, estaban ya a punto de alcanzar el vehículo.

Kit se tiró al suelo, casi antes de que su aeromóvil hubiera posado en él las patas sustentadoras. Ya tenía el rifle preparado en ambas manos.

— ¡Alto! ¡Deténgase! —gritó.

Uno de los fugitivos se volvió. Tenía otro rifle.

Kit sintió junto a su rostro el viento de la bala.

Se lanzó a tierra, maldiciendo la cicatería de los Pentarcas.

—Armas de fuego, sí; pero no nucleares ni de energía solar — había sido la concesión hecha a los colonos terrestres.

Disparó. El atacante abrió los brazos y cayó al suelo.

Los otros habían trepado ya al aparato. Este se elevó raudamente.

Kit envió varias balas en dirección al aeromóvil. Pudo ver los chispazos de los impactos, pero no tuvo tiempo de corregir la puntería.

El aeromóvil se alejó a velocidad vertiginosa, a varios centenares de kilómetros a la hora. En pocos segundos, se perdió de vista.

Kit se incorporó, maldiciendo amargamente. Con gesto maquinal, se limpió la tierra de las ropas.

Dudó un momento. Era la primera vez que disparaba contra un ser humano.

Durante unos segundos, sintió en el estómago una serse de espasmos nada agradables. Luego, haciendo un esfuerzo sobre sí

mismo, avanzó hacia el caído.

Estaba muerto. La bala le había alcanzado en el centro del pecho.

Inspiró con fuerza.

¿Que estaba sucediendo? En diez años, era la primera muerte violenta que se producía en el planeta no causada por un accidente.

Y él era el autor de aquella muerte.

Volvió las espaldas al muerto. Sólo el recuerdo de que lo había hecho defendiendo su propia vida, consiguió calmarle un tanto.

Miró hacia la casa. Los disparos habían hecho ruido.

—¿Por qué no salen los Alves? —murmuró a media voz.

Avanzó hacia el edificio, presa de un sombrío presentimiento. Se asomó a la puerta.

En presentimiento se hizo realidad. Paulo Alves y su esposa yacían muertos a tiros en el salón de la casa.

Lamentó haber sospechado del brasileño. Alves había sido siempre un sujeto amable» servicial, alegre... como su esposa, la hermosa Celia, ele tez color canela, hábil con la guitarra y con voz de ángel.

Paulo ya no contaría más chistes. Celia, ya no tocaría la guitarra ni les cantaría canciones en las raras reuniones que celebraban, en especial para las Navidades.

Era un hombre, pero sintió que las lágrimas afluían a sus ojos.

—¿Por qué les han matado? —exclamó con rabia.

Ni siquiera habían podido defenderse. No se veían armas en el salón.

Al cabo de unos minutos, consiguió rehacerse. Evitó los cuerpos tendidos en el suelo y pasó al cuarto de transmisiones.

El satélite estaba pasando en aquel momento sobre el cénit. Manejó los controles y llamó a Losar.

El rostro del delegado sudeuropeo apareció a poco en la pantalla.

—Ramón —llamó el joven.

La transmisión poseía una nitidez sorprendente, tanto en definición de imagen como en los colores naturales.

—¡Kit! —exclamó Losar, alarmado, al observar fa intensa palidez del rostro del joven —. ¿Qué te sucede?

—Paulo Alves y su esposa han sido asesinados.

—¡Oh!

Sonó una exclamación. Procedía de Susana Losar, la cual apareció en el acto junto a su esposo.

—Kit, por el amor de Dios —exclamó la mujer—, ¿no se tratará de una broma?

—Ojalá —respondió el joven con tristeza.

Y explicó lo que había sucedido, sin ocultar el tiroteo con el forajido.

—¿Le conoces? —preguntó Losar.

—No. Nunca le había visto, pero esto no resulta extraño. A pesar de que somos pocos, todavía hay gente a la que no conozco.

—Pero ¿cómo han podido cometer una acción semejante? —exclamó Susana—, ¡Asesinarlos a sangre fría!

—Los Alves eran muy hospitalarios y no recelaron nada hasta que fue demasiado tarde Eso es lo que yo deduzco —declaró Kit.

—¿Y por qué? —quiso saber Ramón Losar.

—Tampoco lo sé, a menos que nos aferremos a la vieja idea de que hay gente a la que no interesa la prosperidad de la colonia. Además...

Kit se interrumpió. Acababa de concebir una idea.

—Vamos —rogó Losar—, no te calles. Sigue.

—Estoy pensando en que los asesinos salían de la casa cuando yo llegaba, Ramón.

-¿Y...?

Con gesto sombrío, Kit dijo:

—Tal vez alguien tenía interés en achacarme las dos muertes. Pero su plan se ha visto frustrado tan sólo por unos minutos.

—Es posible —admitió Losar —. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Daré sepultura a los Alves —respondió Kit—. Pero primero voy a examinar las ropas del muerto; quizá encuentre algo que me ayude a encontrar una pista viable.

—Muy bien — aprobó Losar—. Yo daré la noticiaba mis vecinos más cercados, para que la extiendan por otros ranchos y granjas. No dejes de llamarme cuando vuelva a pasar el satélite.

—Conforme.

CAPÍTULO V

Kit no encontró nada de particular en las ropas del forajido muerto.

Frustrado, aunque prometiéndose en su interior el castigo de los autores del doble crimen, buscó una pala y empezó a excavar unas tumbas.

La noche se le echó encima a poco de terminar su macabra labor. Entró en la casa, se lavó y se sentó a tomar algunos bocados. Ya había comunicado a Losar el resultado negativo de sus pesquisas.

Pensó que la muerte de los Alves había sido muy oportuna. Había hablado de ello en casa de Losar y en presencia de Irina. Dado que algunos de los delegados habían calificado a los Alves como sospechosos, Kit había resuelto comenzar sus investigaciones por la hacienda cafetera.

Y los asesinatos se habían producido momentos antes de su llegada.

Una horrible idea surgió de pronto en su imaginación.

¿Tenía Irina algo que ver con el doble crimen?

Recordó que la muchacha le había salvado en el Atlántico apenas caído. Había sido una aparición oportunísima... tal vez demasiado, pensando con suspicacia.

Y sabía también que se dirigía a la hacienda de los Alves.

Tal vez la esperaban algunos compinches —los asesinos de Paulo y Celia Alves— en la estratosfera. Los aeromóviles no tenían sistema de comunicación a gran distancia; no podían utilizar el satélite como «relaix» en las transmisiones de radio.

Pero eran unos aparatos que podían quedar inmóviles, suspendidos en el aire a cualquier altura. De viva voz podía haber comunicado Irina a sus cómplices las noticias que sabía y decidido el asesinato de los Alves, para achacárselo a él.

Sin embargo, esto parecía no tener congruencia alguna.

— ¡Es un lío endiablado! —gruñó, al tiempo de salir al exterior para dormir en el aeromóvil. No era supersticioso, pero sentía ciertas aprensiones que le impedían utilizar uno de los dormitorios de la casa.

Por la mañana, apenas se hizo de día, despegó.

Pilotó el vehículo con una mano, mientras que con la otra tomaba algo de comida. Uno de los periscopios estaba enfocado

hacia el suelo, con el máximo de alcance telescópico.

Conocía la dirección exacta que había tomado el aeromóvil de los asesinos. Era una pista débil, pero la única que podía seguir, porque, en realidad, ¿a quién podía acusar?

Ni siquiera podía acusar a Irina. A menos que tuviese pruebas concretas...

Los forajidos, al huir, habían tomado rumbo Sudoeste. Atravesó oblicuamente el continente Sudamericano, ganando altura al cruzar por encima de los Andes.

Poco más tarde, avistó el Pacífico.

La pantalla del televisor aumentaba las imágenes de forma notable, trayéndolas a una distancia media de quinientos metros, pese que su altura rozaba los siete mil.

De pronto, un punto brillante apareció en la pantalla.

Estaba situado en una isla de la parte occidental inferior del continente. El brillo duró apenas una décima de segundo.

La pantalla tenía dado ya todo el máximo de aumento. Kit resolvió descender para investigar.

Perdió altura, aunque procurando hacerlo desde un punto donde su aeromóvil no despidiera destellos al reflejar la luz del sol. A poco, apreció lo acertado de su precaución: el chispazo que había visto procedía de un aparato análogo al suyo, parado en el suelo.

El aeromóvil se hallaba posado en una diminuta isla de la costa sudoccidental de Sudamérica, una de los millares de islas que festonean el subcontinente.

Era un pedazo de tierra pequeña, no mayor de dos kilómetros de largo por uno escaso de ancho y de algunas decenas de metros de cota máxima, un paraje árido, inhóspito, batido por todos los vientos polares y con apenas algunos hierbajos que crecían con dificultad en el suelo. Sus únicos habitantes, en época normal, debían ser las aves marinas.

Ahora había también hombres.

Descendió a unos metros del aeromóvil parado, dándose cuenta de que estaba situado al pie de un pequeño acantilado rocoso, en el que se advertía la entrada de una cueva de regulares dimensiones. Le pareció que salía humo, pero no se fijó demasiado en este detalle.

Saltó al suelo, con el rifle en la mano. El islote no reunía

condiciones para la habitabilidad; incluso carecía de manantiales de agua potable.

Luego, los que estaban allí eran, por lo menos, sospechosos.

Se acercó de puntillas a la cueva. Oyó rumor de voces y también percibió otra cosa, ésta por medio del sentido del olfato.

Olor a carne asada.

Era un olor exquisito, que en otras circunstancias le habría agradado pero que ahora le llenó de cólera, al pensar que procedía de una de sus terneras. Ya no le cupo la menor duda de que estaba, por lo menos, junto a los ladrones que le habían robado las dos reses.

Se acercó todavía más, quedando junto al umbral de la cueva. Oyó una frase.

—Ese condenado tarda bastante —dijo una voz ronca.

—No te preocupes; no puede tardar mucho —contestó otro —. A mí, lo que me preocupa es la tardanza del jefe.

Sonó un gruñido que Kit entendió como muestra de desconfianza.

—El jefe —dijo el primer sujeto en tono despectivo—. Veremos.

—¿Cómo? —exclamó el otro.

—Que a la hora de prometer se ha mostrado muy Sargo; pero ya veremos si se porta igual a la hora de dar. Nosotros, el trabajo; él...

—Calla —dijo su compañero, exasperado de repente—. Todavía tengo las tripas revueltas por lo que pasó ayer. ¡Si los Alves se hubiesen quedado quietos...!

¡De modo que también eran los asesinos!, pensó el joven.

El otro dijo:

—Ellos perdieron más.

—Y el nuevo comisario nos mató a Rhynsall.

—Puedes darle las gracias a éste. Entretuvo al comisario y nos permitió escapar.

—Sí, pero...

Kit ya no pudo seguir escuchando más. Algo le golpeó en la cabeza con fuerza.

Creyó que el mundo estallaba en mil pedazos, con brillante fogonazo; luego, todo se hizo oscuro a su alrededor.

* * *

Abrió los ojos, sintiendo un fortísimo dolor de cabeza. Inmediatamente, tuvo que volver a cerrarlos, presa de un violento mareo.

Kit notó que había unos hombres hablando a varios pasos de distancia. También captó el distante rumor de la resaca, batiendo las ásperas costas del islote.

Dejó pasar unos minutos, hasta que el dolor hubo cedido un tanto.

Volvió a abrir los ojos, dándose cuenta entonces de que se hallaba en el interior de la cueva.

Los forajidos, eran tres, comían con toda tranquilidad a unos pasos de distancia. La cueva tenía un orificio en el techo, por el que se escapaba el humo de la hoguera. Kit no había visto humo alguno, debido a que era un fuego de brasas.

Uno de los forajidos se quejó de pronto.

—Es un maldito trabajo tener que vivir aquí. Hay que traer el agua... hasta la leña para poder asar la carne.

—Pero es seguro y nadie sabe que nos escondemos en este islote —respondió uno de sus compañeros.

El tercero dijo:

—Ese Kit Fannion tarda mucho en despertar. ¿No le habrás pegado demasiado fuerte, Broyl?

—¿Y qué más da? —contestó el aludido—. Total, si despierta ahora, no tardará mucho en volver a dormirse... ¡para siempre!

Kit cerró los ojos. Tenía que buscar el medio de evadirse de su encierro. La situación en que se hallaba era extremada mente crítica.

Y esta vez no podía contar con el oportuno auxilio de Irina. La muchacha se encontraba al otro lado del mundo, en las soleadas riberas de Crimea.

—El jefe tarda —rezongó uno de los forajidos.

—Ten paciencia —le contestó otro—. En resumidas cuentas, ¿qué prisa tiene por verle, Fliant?

—Este planeta no me gusta —respondió el llamado Fliant—. Será hermoso, todo lo que quieras, pero no me gusta y estoy deseando largarme de aquí.

Kit aguzó el oído. ¿Qué significaban las frases de Fliant?

—El preso sigue dormido —masculló Broyl.

—Será mejor que lo despiertes con un cubo de agua —recomendó Fliant.

—Voy a traerlo —contestó Broyl.

Los forajidos confiaban demasiado en sí mismos, se dijo

Kit. No le habían atado; con desarmarle, habían creído tener suficiente. Bien, pero si esperaban que se iba a dejar degollar como un pollito...

Oyó pasos que se le acercaban y se preparó para actuar. Las fuerzas le habían vuelto casi por completo y, aunque persistía el dolor de cabeza, se encontraba en bastante buenas condiciones.

Broyl se detuvo a su lado, con los pies a la altura de su costado, Kit percibió el ruido de su respiración.

De repente, Kit giró con violencia sobre sí mismo y golpeó en las piernas a Broyl con el codo, haciéndole perder el equilibrio.

El agua se derramó. Broyl lanzó una aguda maldición.

Los otros dos maldijeron también. Kit se puso en pie de un salto y asestó a Broyl un terrible puñetazo en la cara, lanzándolo contra la pared de la cueva.

Sonó un grito de advertencia.

— ¡Quieto, Fannion!

Con el rabillo del ojo, Kit pudo darse cuenta de que uno de los rufianes le apuntaba con el rifle.

Notó algo junto a su pie derecho. Sin vacilar, metió el pie en el cubo vacío, que había caído en el suelo, y lo disparó hacia delante con todas sus fuerzas, a la vez que se dejaba caer a un costado.

El cubo alcanzó al forajido en los brazos, levantándoselos y haciendo que el proyectil que salía en aquel instante se estrellase contra el techo de la oquedad. El estampido del disparo resonó como un cañonazo en aquel reducido ámbito.

El otro se inclinaba para recoger su rifle. Kit estaba desarmado, pero sabiendo la suerte que le esperaba, no quiso cejar en sus esfuerzos. Medio tendido como estaba agarró una piedra de las que abundaban en el suelo de la cueva y la lanzó hacia delante con todo su ímpetu.

La piedra alcanzó un cráneo. Sonó un gemido y Fliant se desplomó como una masa inerte. Estalló otro disparo. El proyectil se hundió en el suelo, rozando el costado de Kit.

El Joven se revolvió con felina agilidad. El forajido que todavía se mantenía en pie buscaba afinar la puntería, para no errar la próxima vez.

Broyl se sentaba en el suelo en aquel instante, aturdido aún por el puñetazo recibido. Kit se lanzó de un salto tras él, en el momento que salía el siguiente proyectil.

Broyl se estremeció de forma horrible al recibir el impacto. Un horroroso gemido se escapó de sus labios.

La vida al aire libre había desarrollado de modo considerable los músculos del joven. En la Pentarquía habría sido un hombre pálido, enfermizo, de lánguidos ademanes y amigo de! mínimo esfuerzo hasta para el más insignificante trabajo.

En la Tierra era diferente. Sin ser una cosa exagerada, su fuerza muscular era muy notable comparada con la de cualquiera de los habitantes de la Pentarquía.

Izó a pulso el cuerpo que le había servido de escudo y lo proyectó hacia delante con tremendo ímpetu. Mientras volaba por los aires, Broyl recibió todavía otro balazo. Luego chocó contra su compañero, derribándolo por tierra.

ES hombre se movió, renegando hasta el paroxismo. Trató de incorporarse, pero, en aquel momento, Kit caía sobre él y le molió a puñetazos. AS fin, el sujeto exhaló un suspiro, abrió los brazos y se dejó caer de espaldas, sin ánimos ya para resistirse.

Kit se puso en pie, respirando con afán. Divisó los rifles, incluido el suyo, y destrozó los de los forajidos, estrellándolos contra las rocas de la cueva. Luego encontró una cantimplora en un rincón y bebió unos cuantos sorbos de agua.

A continuación, se puso a trabajar.

Media hora después, los dos forajidos supervivientes estaban atados a un peñasco, a medio metro escaso de la superficie del Pacífico. Las olas, al chocar contra las rocas, les salpicaban de cuando en cuando.

Miró a sus prisioneros con dureza. — La marea subirá dentro de hora y media aproximadamente. Yo no tengo prisa ni, mucho menos, interés alguno para conservar vuestras vidas —habló—. Así que cuando tengáis deseos de soltar la lengua, llamadme a gritos. Y si no queréis hablar...

Giró sobre sus talones sin concluir la frase, ignorando los soeces

insultos que le dirigían los coléricos sujetos.

CAPÍTULO VI

Sono un agudo grito.

—¡Fannion!

El joven terminó de comer, muy tranquilo, sin hacer caso de los desesperados gritos de los forajidos, aterrados por la subida de la marea. Luego, pasados unos minutos se puso en pie y, rifle en mano, se acercó a los acantilados.

El mar mojaba ya los pies de los prisioneros, pero las olas, al chocar contra las rocas, subían a mayor altura, empapándoles por completo de pies a cabeza. El aspecto de Fliant y su compañero no podía ser más lastimoso.

Se acuclilló al costado de uno de ellos.

—¿Y bien? —preguntó.

—No podemos decirle quién es el jefe —manifestó Fliant.

—¿Por qué?

—No conocemos su nombre.

Kit soltó una corta carcajada.

—¿Esperas que me crea esa historia?

Se incorporó de nuevo.

—Otra vez, cuando me llames, hazlo con mejores motivos. Si te queda tiempo, naturalmente.

El agua llegaba ya a las rodillas de los prisioneros.

—¡Fannion, le juro que digo la verdad! —chilló Fliant angustiado.

El joven se detuvo.

—Y sin conocer el nombre de esa persona, ¿habéis aceptado cometer toda suerte de crímenes? —preguntó enfurecido.

—No... escuche... No queríamos matar a los Alves, pero se resistieron... Sólo tenemos orden de robar y destruir, pero no herir a las personas.

—¿Quién os ha dado la orden?

—El... el jefe. No quiso decir su nombre... Sólo nos prometió...

—¿Qué prometió?

—Bueno... en la Pentarquía éramos ciudadanos de cuarta clase.

Aseguró que nos concedería la ciudadanía de segunda clase y... ¡Diablos! —barbotó Fliant—. Estábamos hartos de trabajar en las granjas productoras de carne...

Kit calló un momento. En cierto modo, comprendía a los prisioneros.

La Pentarquía se regía por unas leyes muy curiosas y muy poco justas. Había diferentes clases de ciudadanos y aunque, teóricamente, cualquiera podía ascender de clase, en la práctica las cosas resultaban de diferente manera.

Todo el mundo necesitaba comer, pero los que proporcionaban la comida estaban muy mal considerados. Resultaba lógico que uno de sus mayores anhelos fuese el de cambiar de clase. Algunos, por conseguirlo, eran capaces de los mayores extravíos.

—Entonces —dijo—, el jefe debe ser un personaje muy importante.

—No lo sé, pero me lo imagino —contestó Fliant—. Oiga, el agua me llega ya más arriba de las rodillas... ¡Nos vamos a ahogar!

—Calma —aconsejó Kit—. Un personaje importante... Supongo que él os traería hasta aquí en una nave interestelar.

—Así sucedió. Nos dejó en tierra y luego se marchó... Dijo que ya entraría en contacto con nosotros...

—¿Aquí, en este islote?

—Este fue uno de los puntos de cita, que él nos marcó previamente, fijándonos fechas determinadas para recibir informes. Pero ya tenía que haber llegado...

—Puede que llegue todavía —contestó el joven.

Se inclinó y cortó las ligaduras que sujetaban las manos y los brazos de los prisioneros a la roca.

—Vosotros mismos os soltaréis los pies —dijo, trepando a lugar seco.

Fliant y su compañero llegaron poco después, empapados y abatidos. Kit les apuntó con el rifle.

—¿Qué es lo que va a hacer ahora con nosotros? —preguntó Fliant.

—Esperar —respondió el joven con firmeza.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, la situación seguía siendo idéntica: el llamado jefe no había aparecido.

Kit se caía de sueño. Obligado a vigilar a sus prisioneros, apenas si había dormido un par de horas.

Fliant y su compañero estaban al acecho, buscando un momento de debilidad para caer sobre él. Esto obligaba al joven a permanecer constantemente despierto.

De pronto, algo destelló en el cielo.

Kit se reanimó. Un aeromóvil se acercaba a aquel lugar.

El aparato aumentó de tamaño con rapidez. Poco después aterrizaba junto a los otros dos.

Kit apuntó con el rifle hacia la escotilla. Con gran sorpresa suya, vio que Irina saltaba al suelo.

—¡Kit! —gritó la muchacha.

Los ojos de Kit se volvieron hacia las caras de sus prisioneros, buscando en ellas algún indicio que le permitiera deducir, por sí mismo, si Irina era el jefe a quien esperaban.

Los forajidos estaban tan asombrados como él. Kit respiró satisfecho.

Irina se le acercó a la carrera.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Estoy esperando al autor de todos estos desaguisados

—respondió él.

Irina miró a los prisioneros.

—¿Quiénes son, Kit?

—Los asesinos de Paulo y Celia Alves. Había otro, pero murió en la pelea. Su jefe tiene que reunirse con ellos en este islote. ¿Cómo has llegado tú aquí?

—Llamé a tu casa y me dijeron que no sabían nada de ti — explicó Irina — . Luego hablé con Losar y me contó lo sucedido. También me dijo el rumbo que ibas a tomar a partir de la hacienda de los Alves. Subí a mi aparato y... Me ha costado bastantes vueltas dar con este islote; sólo lo he conseguido gracias al casco de los aeromóviles, que despiden muchos reflejos.

Lo mismo le había pasado a él, pensó Kit.

—Irina, ¿puedo pedirte un favor?

—Sí, claro, lo que quieras, Kit.

—Estoy mortalmente cansado. En veinticuatro horas, apenas he

dormido. ¿Quieres vigilar tú a esos rufianes, mientras duermo un rato?

—Por supuesto. Puedes descansar tranquilo.

Kit le entregó el rifle.

—Tengo autoridad para permitirte disparar si intentan algo hostil —manifestó—. Y no te detengas en sentimentalismos; piensa en dos personas inocentes, bárbaramente asesinadas.

—Lo tendré en cuenta, Kit —aseguró la muchacha.

El joven subió a su aeromóvil, cuyos asientos podían transformarse en cómodas literas. Se tendió en uno de ellos y a los pocos momentos, dormía profundamente.

Despertó de pronto, después de un rato cuya duración no habría sabido calcular. El motivo de su despertar fue un enorme trueno, que hizo vibrar el suelo.

Oyó gritos de alarma. Poniéndose en pie, saltó al suelo, en el momento en que sonaba otro atronador estampido y veía elevarse en lo alto una gran nube de humo negruzco.

Irina corría hacia él.

—¡Nos están bombardeando! —gritó la chica.

Se oyó otro terrible estampido. Algo voló por los aires.

Kit agarró la mano de Irina.

—¡A la cueva! —gritó—. ¡Es el único refugio!

Corrieron como locos, en medio de un hervor de explosiones y de una lluvia de cortantes fragmentos de roca, despedidos por la deflagración de los explosivos, que volaban aullando por todas partes. Apenas habían cruzado el umbral, una granada cayó sobre la parte superior, desprendiendo un enorme montón de tierra y rocas con gran estruendo.

Luego se hizo el silencio. Tendidos en el suelo, sudorosos y jadeantes, Kit e Irina se contemplaron mutuamente.

—¿Cómo ha ocurrido? —quiso saber él.

—No tengo gran cosa que explicar —respondió la muchacha—. Estaba vigilando a los dos prisioneros cuando, de repente, sonó una gran explosión a pocos pasos de distancia. Levanté la vista y divisé a un aeromóvil a treinta metros escasos de altura. Disparé una vez, pero el ocupante lanzó otro cartucho de explosivo...

—Has dicho cartucho de explosivo —la interrumpió Kit.

—Así es —confirmó Irina —. No se trataba de una pieza de

artillería acoplada al aeromóvil, porque le vi sacar el brazo por una ventanilla y lanzar un objeto cilíndrico y alargado.

Kit reflexionó unos instantes.

—Cuando emigramos de la Pentarquia se nos permitió traer muchas cosas —murmuró—. Entre ellas, neodinamita. Podíamos necesitarla... Prácticamente, se nos permitió todo, excepto cuanto pudiera tener relación con la energía nuclear.

Irina se sentó en el suelo.

—¿Supongo que el autor de todos estos desafueros es uno de los colonos? —preguntó.

—Tal vez el... jefe, tiene aquí una especie de delegado —contestó Kit—. Una especie de supervisor de sus órdenes, ¿comprendes?

Irina movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Y ahora, al ver que teníamos prisioneros a dos de sus hombres y que podríamos haber averiguado algo, trató de eliminarnos a todos.

—Es lo más probable —contestó él, poniéndose en pie.

Contempló la entrada de la cueva, casi cubierta por completo por los escombros producidos en el derrumbamiento. En la parte superior, sin embargo, había un pequeño orificio por el que pasaba la luz y el aire.

—Es un agujero pequeño, pero no nos será difícil ensancharlo —dijo Irina.

—Manos a la obra, pues — contestó Kit.

Media hora más tarde, salían de su encierro arrastrándose. Al llegar afuera, vieron que uno de los aeromóviles había sido destrozado por las explosiones.

El otro estaba volcado a medias. Tras un atento examen, Kit apreció que se hallaba en condiciones de volar.

Exploraron aquella zona. Fliant y su compañero habían sido reducidos a fragmentos por las explosiones.

—Ya no hablarán —dijo él, con gesto sombrío.

El criminal había conseguido su objetivo: se mantendría en el anónimo.

—Volvamos —murmuró Kit, lanzando un suspiro de resignación.

CAPÍTULO VII

Pocas horas más tarde, Kit hacía descender el aparato en el patio de su casa.

Los padres del joven acudieron a recibirle. Saludaron con afecto a Irina, aunque la alarma era bien visible en sus rostros.

—Hemos conversado con muchos colonos —manifestó el señor Fannion—, La gente empieza a mostrarse inquieta.

—Me lo imagino —respondió él—. Mamá, ¿quieres atender tú a Irina?

—Claro que sí. Ven conmigo, hija.

Las dos mujeres se alejaron, dejándolos solos.

—¿Qué opinas tú, muchacho? —preguntó el señor Fannion.

—Sencillamente, una cosa, papá: Hay alguien que está interesado en impedir la prosperidad de la colonia.

—Me cuesta trabajo admitirlo, Kit.

—Pues así es, aunque no lo creas. Si nosotros progresamos, si después del plazo de veinticinco años que se nos concedió, el avance es satisfactorio, la Pentarquía no tendrá más remedio que publicar un informe. La gente lo espera con ansiedad... y si es favorable, las solicitudes de emigración caerán sobre las oficinas de la Pentarquía como langostas sobre un trigal maduro.

El señor Fannion reconoció la justeza de las observaciones de su hijo.

—A pesar de todo —contestó—, se me hace muy cuesta arriba creer que los Pentarcas hayan podido dar una orden semejante.

—Bien, no lo habrán hecho en forma oficial, naturalmente; por muy déspotas que se les considere, a fin de cuentas han de tener presente siempre la opinión pública. Pero hay órdenes que nunca se dan y, sin embargo, se cumplen. Creo que me comprendes, ¿no?

El señor Fannion lanzó un profundo suspiro.

—Sí, demasiado —admitió en tono pesimista — . Vamos adentro; debes cambiarte de ropa y descansar.

Los cuatro se reunieron a la hora de la cena. La conversación, nada animada, recayó inevitablemente sobre los sucesos de los últimos días.

Cuando estaban tomando los postres, sonó un zumbido.

—Alguien llama —dijo el señor Fannion.

Kit se puso en pie.

—Iré a ver —dijo.

Pasó al cuarto de comunicaciones y estableció la conexión.

Era Losar.

—Tengo noticias —dijo el delegado de Sudeuropa,

—¿Buenas?

Losar hizo una mueca.

—No sé qué decirte, la verdad. El Inspector Jefe Macawberry ha llegado. Si eso te parece una buena noticia...

Kit silbó tenuemente.

—Diablos —masculló—. Casi dos meses antes del plazo fijado.

—Se ha anticipado para ver si nos puede atrapar en algo defectuoso; ya sabes qué clase de tipo es, Kit.

—No me lo digas, Ramón. ¿Qué dice?

—Reunión de delegados pasado mañana, a las diez de la mañana, en mi rancho. Quiere pasar revista a la situación y,., en fin, imagínate.

—Claro. ¿Algo más, Ramón?

—No, eso es todo, por ahora, Kit. Buenas noches.

—Buenas noches, Ramón.

Kit regresó al comedor.

Irina y sus padres captaron en seguida la sombría expresión de su cara.

—Macawberry ha llegado ya —informó el joven.

—¡Oh! —exclamó Irina—. Eso significa complicaciones.

Hubo un momento de silencio. Todos comprendían la gravedad de la situación.

La señora Fannion resumió el pensamiento común de todos los presentes:

—Roguemos para que Macawberry no cierre la colonia

—dijo.

* * *

En esta ocasión, acudieron todos los delegados de zona geográfica, incluido el británico, a quien no le quedó otro remedio que abandonar el aislamiento de sus islas. Dado que no cabían en la casa, la reunión hubo de celebrarse al aire libre, bajo la frondosa

sombra que proporcionaban los naranjos que cultivaba Losar.

Como era de esperar, el inspector Jefe Macawberry llegó el último. Para hacer bien patente su preeminente posición, llegó media hora más tarde de la fijada para el comienzo de la reunión.

No venía solo; tras él, como una especie de guardia de honor, descendieron seis guardias de la Pentarquía, cubiertos con las pesadas armaduras antirradiantes y armados con pistolas de carga nuclear.

—Quiere hacernos ver que es un personaje importante —cuchicheó Irina al oído de Kit.

—Para nosotros, por desgracia, lo es —murmuró Kit en el mismo tono —. En la Pentarquía no pasa de ser un funcionario de quinta o sexta categoría, pero aquí goza de la suficiente para concentrar a todos los colonos y embarcarnos en un par de astronaves,

Irina asintió. Kit tenía razón.

Los delegados habían formado un semicírculo. Macawberry, un sujeto de mediana estatura, ataviado con gran lujo, con el emblema dorado de su cargo en forma de broche, que sujetaba su toga amarilla de Inspector Jefe, se situó casi en el centro.

Detrás de él, los guardias, con sus pistolas nucleares al puño, permanecían en una indiferente vigilancia, aunque Kit sabía que con un par de descargas podían barrer a todos los presentes.

—Celebro verles reunidos a todos, caballeros —dijo Macawberry con voz fría y estridente.

Hubo un confuso murmullo de saludos. Macawberry prosiguió:

—Tengo informes de que la situación en la colonia no es todo lo satisfactoria que la Pentarquía tiene derecho a esperar. ¿Alguien puede explicarme los motivos?

—Los acontecimientos que se han producido son ajenos a nuestra voluntad —declaró Yuan-Hi.

—Nada de lo que le pasa a un ser humano es ajeno a su voluntad —manifestó el Inspector Jefe en tono doctoral —. Ustedes deberían saberlo.

Hans Uffelt, el delegado de Nordeuropa, se puso en pie.

—Si usted tuviese un rancho y criase ganado y le robaran reses, ¿podría ser achacado ese suceso a su voluntad, Inspector?

—En primer lugar, yo no criaría ganado ni por todo el oro de la Galaxia —replicó Macawberry con gesto remilgado—. Y en

segundo, una discreta pero efectiva vigilancia...

—En diez años que llevamos aquí, no se había producido un hecho semejante — protextó N'gobo—. ¿Cómo diablos íbamos a vigilar nuestras propiedades, si todo se desarrollaba de manera satisfactoria?

—Además, hemos nombrado a un comisario para perseguir a los ladrones y ha logrado buenos resultados —declaró Losar.

—¡Cómo! —exclamó Macawberry, irritado—. ¿Está dictándome que han nombrado a una persona investida de autoridad, sin haberlo consultado siquiera conmigo... como representante que soy de los Pentarcas?

—Usted no estaba aquí todavía. No le esperábamos hasta dentro de dos meses —replicó Losar—. Era preciso que hiciésemos algo... y lo hicimos.

Los ojos del Inspector Jefe chispearon.

—¿Quién es ese comisario? —preguntó.

—Yo, señor. —Kit se puso en pie.

Macawberry le miró fríamente de arriba abajo.

—Informe —ordenó.

Kit informó con todo detalle de lo sucedido. Macawberry se espantó.

—¿Quiere decirme que... que ha cometido varias muertes en el uso de esa pretendida autoridad, injustificadamente concedida por los colonos?

—Si no los hubiese matado yo, ellos me habrían matado a mí — replicó el joven en tono tranquilo—. Además, aunque lo ideal habría sido someterlos a juicio, ellos mataron también a dos personas inocentes.

—Debieron esperar mi llegada; yo hubiese dispuesto lo más conveniente —chilló el Inspector Jefe.

—Oiga —dijo el joven de mal talante — , cuando uno está siendo apuntado por un rifle, cuyo dueño se dispone a oprimir el gatillo, no se le puede detener con un: «Espere a que llegue el Inspector Jefe.» O se anticipa a disparar, o se queda en el sitio. Yo hice lo primero. Y no me arrepiento.

Sonaron algunas risitas. Macawberry se encolerizó más todavía.

—Si hubiese estado quieto, no le habría pasado nada de lo que me ha relatado —chilló.

—¿Y los Alves? Estaban quietos en su hacienda, ¿no?

—Castigaremos a sus asesinos —prometió el Inspector Jefe—. Pueden estar seguro de que lo haremos.

—A quien hay que castigar es al jefe que les ordenó cometer esas tropelías —protestó el joven con vehemencia.

—¿Un jefe? —preguntó Macawberry—. Explíquese.

—Sí, aunque los prisioneros que hice no conocían su nombre. Pero sí debían conocer su figura y su rostro, porque ese jefe ya se cuidó muy mucho de silenciarlos a base de neodinamita.

—Está contándome unas fábulas tan absurdas, que no se las creería ni un niño de pecho —se mofó Macawberry—. ¿Qué espera conseguir con eso?

—¡El diablo cuenta fábulas! —barbotó Kit—. Tengo un testigo; está aquí y no me dejará por embustero.

Irina se puso en pie.

—Lo que ha dicho el comisario Fannion es cierto —afirmó—. Puedo atestiguarlo.

Macawberry la examinó con atención.

—¿Está enamorada de él? —preguntó en tono insultante.

Irina enrojeció.

—¡Inspector, usted no tiene derecho…!

—Está enamorada de él. Por tanto, su testimonio no es válido —sentenció el Inspector Jefe.

—¡Oh! —exclamó Irina, ahogándose de rabia.

—Escuchen todos —declamó Macawberry en tono autoritario—. Esta es mi decisión: en vista de que el funcionamiento de la colonia llamada Tierra no tiene nada de satisfactorio, queda clausurada a partir de este momento. Todos los edificios construidos serán demolidos, quemadas las cosechas y muertos los animales domésticos.

Hizo una pausa, gozándose con el horror que veía reflejado en los rostros de sus oyentes.

—Los colonos serán concentrados y aguardarán, en el lugar que yo decida, la llegada de las naves que los repatriarán a la Pentarquía. En cuanto al sedicente comisario Fannion, quedará bajo arresto para responder de las muertes que ha cometido ante el tribunal correspondiente de la Pentarquía. Eso es todo —concluyó el Inspector Jefe, en medio de un profundo silencio.

CAPÍTULO VIII

Los colonos estaban anonadados.

Era un golpe brutal, el fin de todas sus ilusiones.

Kit entendió bien pronto lo que pasaba.

La Pentarquía les había concedido permiso para recolonizar la Tierra, a fin de quedar a bien con la opinión pública.

Pero luego, los mismos Pentarcas habían provocado los desórdenes, con lo que se aseguraban una legalidad aparente para reconsiderar su primitiva decisión.

Y el Inspector Jefe Macawberry era el encargado de poner en práctica el plan.

Una oleada de cólera le subió hasta la garganta." Estuvo a punto de lanzar un agudo grito, pero se contuvo.

Macawberry dio una orden, que rompió el silencio:

— ¡Arresten a ese hombre!

Y señaló con una mano.

Dos guardias avanzaron hacia él, colocándose a sus costados.

—Vamos —dijo uno de ellos.

Kit avanzó. De pronto, cuando estaba junto a Macawberry saltó sobre él y le aferró con el brazo izquierdo, sujetándole por la garganta.

Como buen colono, además del rifle, solía llevar siempre un cuchillo pendiente del cinturón. Antes de que ninguno de los presentes, sorprendidos por lo inesperado de su reacción, tuviese tiempo de moverse, sacó el arma y apoyó la punta en el pecho del inspector Jefe.

—Ordene a sus hombres que suelten las armas, pronto —exclamó en tono perentorio—. Dígaselo, o le atravieso el corazón.

Macawberry intentó resistirse, pero era poco más que una pluma entre los fuertes brazos del joven. Como todos los residentes en la Pentarquía, detestaba los ejercicios físicos.

Ello se traducía en una debilidad corporal de efectos negativos en el presente caso.

—¡Tiren las armas, o mató al Inspector Jefe! —tronó Kit.

Los guardias se consultaron con la vista entre sí. Vacilaban.

Kit aflojó un poco la presión de su brazo.

—Ordénelo usted mismo.

Macawberry estaba helado de terror. Gruesas gotas de sudor corrían por sus mejillas.

—Sol... soltad las armas... —tartamudeó.

Seis pistolas nucleares cayeron al suelo.

—Apodérate de ella, Irina.

—Esto no me lo pierdo yo —gritó Losar con júbilo, abalanzándose sobre una de las armas.

Varios delegados más fe imitaron. En unos segundos, la situación había cambiado de manera radical.

Kit soltó a Macawberry y le propinó un fuerte empujón.

—Este es nuestro deseo y nos quedaremos aquí, no sólo porque tenemos derecho a ello, sino porque somos ciudadanos libres —exclamó—. Y, al menos en lo que a mí se refiere, estoy dispuesto a luchar hasta el fin por algo que considero es de estricta justicia.

Miró al Inspector Jefe con dureza.

—Si hubiese estado aquí el Pentarca Spharel, su comportamiento habría sido muy distinto; imparcial y equitativo, por lo menos.

Macawberry blandió el puño en gesto amenazador.

—Le perseguiré hasta que lo atrape —bramó—. Entonces,)e ejecutaré por haberse atrevido a amenazar a un Inspector Jefe. Y todos los que le ayudan... Lo pasarán mal, se lo prometo.

Se calló, impresionado de súbito por el hecho de que seis pistolas nucleares estuviesen apuntando a su cuerpo.

—Amigos —dijo Kit—, en lo que a vosotros se refiere, podéis hacer lo que más os acomode. Yo declaro desde ahora mi deseo de permanecer en la Tierra para siempre, cualquiera que sea el porvenir que me aguarde. Siento haberos metido en este compromiso, pero no hubiese podido actuar de otro modo.

Irina avanzó hacia él.

—¿Adonde vas ahora?—quiso saber.

—Lo ignoro. No tengo un plan definido, pero el planeta es muy grande —contestó el joven de manera significativa.

Irina vaciló.

—Me gustaría ir contigo, pero ahora no puedo. Debo regresar a mi rancho; también tengo padres y hermanos a los cuales advertir de la nueva situación.

—De acuerdo. No obstante, nos veremos pronto de nuevo, ¡Hasta la vista! —se despidió de todos los presentes.

Montó en el aeromóvil y lo hizo despegar. Poco más tarde, había desaparecido en la lejanía.

Entonces, Losar avanzó hacia Macawberry.

Macawberry le miró con odio.

—Inspector Jefe, regrese a su nave —dijo.

—Devuelva las armas a mis hombres —ordenó.

—Lo siento —contestó Losar—. No podemos correr el riesgo de un fusilamiento en masa.

Hubo un momento de silencio. Después Macawberry giró sobre sí mismo y se encaminó hacia la nave que le había transportado hasta allí, seguido de sus seis frustrados acólitos.

Desde la portezuela, blandió el puño con gesto colérico.

—¡Tendrán noticias mías, se lo aseguro! —aulló.

Más tarde, cuando la nave del Inspector Jefe hubo desaparecido en la lejanía, uno de los presentes se dirigió a Losar.

—Ramón, ¿qué va a pasar ahora?

El delegado sudeuropeo tenía el rostro cubierto de sombras.

—Sólo una de estas dos cosas: o portarnos como borregos, o demostrar a la Pentarquía que sabemos luchar por nuestra libertad. En lo que a mí se refiere —concluyó—, ya he tomado mi decisión.

También Irina había tomado la suya.

* * *

En silencio, Kit Fannion levantó su rifle, apuntó y disparó.

El conejo dio una voltereta en el aire y cayó al suelo, quedando inmóvil.

Kit se acercó al animal con cara sonriente.

—En medio de todo —dijo-, las mutaciones radiactivas han producido algunos beneficios; este conejo es como medio cordero.

Tendría comida para un par de días, decidió, mientras reunía leña para asar la carne de la presa.

Su aeromóvil estaba a corta distancia, oculto bajo una espesa capa de ramaje, cosa que siempre hacía cuando tomaba tierra.

De este modo, ocultaba a la vista los detalles lanzados por la brillante estructura del aparato. Pero harto sabía que unas ramas

verdes no eran suficientes para detener los impulsos del radar.

Y las naves de los esbirros de Macawberry, que le buscaban con ahínco desde hacía dos semanas iban provistas de radar, el mecanismo que a ellos les había sido prohibido por los Pentarcas.

Bueno, por todos los Pentarcas, no; Spharel se había mostrado propicio a concederles todos los elementos precisos para su desenvolvimiento, pero era un voto contra cuatro y su moción se había visto derrotada.

Asó el conejo gigante y comió con verdadero apetito. Luego buscaría frutos silvestres para equilibrar la dieta.

Se preguntó que harían sus padres. Les había aconsejado que abandonasen el rancho y, a fin de evitarles desgracias, ya que se sabía condenado a muerte, se había separado de ellos.

De Irina tampoco tenía noticias. El transmisor de su aeromóvil no tenía alcance. Otra limitación de la Pentarquía.

Llevaba quince días absolutamente solo, viviendo a salto de mata y durmiendo con un ojo abierto, con el constante temor de ser localizado por la masa metálica del aeromóvil.

Por dicha razón, dormía lejos del aparato. En tierra, él tenía una gran ventaja sobre los guardias de Macawberry: la que le había conferido diez duros años de continuo trabajo y de existencia al aire libre.

Terminó de comer y se limpió los dedos en la tierra. Sabía que cerca de aquel lugar había un río; pensó con delicia en un buen baño.

Todavía quedaba una buena porción del conejo. Se puso en pie, dispuesto a guardarlo en la pequeña despensa del aeromóvil.

En aquel momento, oyó un agudo silbido.

Se tiró a tierra instintivamente, con un movimiento reflejo nacido de la subconsciente ansia de seguir viviendo.

A treinta metros de él, se produjo una ensordecedora explosión. Trozos de roca y fragmentos de vegetal subieron por los aires, a la vez que el suelo vibraba con ruido sordo.

Se revolvió en el suelo, buscando su rifle. Al asirlo, miró hacia arriba.

Una nave exploradora, separada, sin duda, de la astronave matriz usada por Macawberry para su desplazamiento a lo largo de años luz, se movía velozmente por el cielo en dirección al lugar que

ocupaba.

Algo brilló de súbito en la proa de la nave. Divisó una larga raya fulgurante y luego percibió el estallido atronador de una segunda microgranada nuclear.

Crispó los puños con rabia. No les importaba envenenar la atmósfera con las emanaciones radiactivas de las explosiones, con tal de conseguir cazarle.

Pero todavía no le habían atrapado. Era evidente que sus perseguidores tiraban un poco al buen tuntún, guiándose más por los reflejos del radar que por la visión directa.

Habían localizado su nave y suponían que él no debía estar muy lejos. Por dicha razón, iban a barrer el terreno en torno a la misma, con el fin de destruirle.

Poniéndose en pie, corrió en busca de refugio. Mientras lo hacía, pensó en lo difícil que se pondría su situación si, aun consiguiendo salvarse, quedaba destruido su aeromóvil.

Quedaría solo, en una vastísima región de millones de kilómetros cuadrados... a millares de kilómetros del rancho más próximo. Tardaría años enteros en encontrar a unos semejantes.

Si los encontraba... porque si Macawberry cumplía su palabra, no encontraría jamás a un ser humano.

Viviría solo en la Tierra, un nuevo Robinsón a escala planetaria.

Era una horrible perspectiva.

Se volvió sin dejar de correr. Entonces vio que la nave se había detenido y que cuatro hombres armados saltaban al suelo, con ánimo de explorar las inmediaciones.

Uno de ellos le divisó de pronto.

Extendió el brazo hacia él y lanzó un agudo grito.

Los demás levantaron sus armas. En aquel momento, Kit sintió que el suelo fallaba bajo sus pies.

CAPÍTULO IX

La oscuridad se hizo al instante sobre su cabeza.

Percibió el trueno de una explosión por encima de él. Chocó contra algo pendiente y rodó unos metros.

El instinto le hizo aferrarse al rifle. Algo contuvo su caída: la

simple horizontalidad del suelo.

Al cabo de unos momentos, se puso en pie, asombrado de hallarse en una cueva cuya existencia no había sospechado siquiera. Pero, a los pocos instantes, rectificó su primera impresión.

No era una cueva.

Estaba en el interior de un edificio abandonado, una sólida construcción que había resistido, en parte, el paso devastador de un millar de años.

La pendiente no era tal, sino una escalera cegada por los escombros y la tierra caída en el transcurso del tiempo. Divisó también varias ventanas, parcialmente cegadas por la tierra y las plantas.

Debía hallarse en las ruinas de una gran ciudad, la mayoría de cuyos edificios se habían ido derrumbando poco a poco, formando ingentes colinas de escombros, encima de las cuales había crecido la vegetación con entera libertad.

Algunos edificios, sin embargo, habían resistido bastante bien. No era raro que los colonos se tropezaran con algunos en el curso de sus esporádicas exploraciones.

Oyó voces por encima de su cabeza. La luz aumentó.

Los soldados de Macawberry habían descubierto la entrada y se disponían a perseguirle.

Uno gritó:

—Disparadle un par de microgranadas; seguro que acabamos con él.

Y otro le contradijo:

—¡Imbécil! ¿Quieres que el edificio se nos hunda bajo los pies? ¡Adentro todos, menos uno, que se quedará de guardia en el exterior! ¡Hay que cazarle, pero no disparéis a menos que resulte imprescindible!

Kit retrocedió unos cuantos pasos. De pronto, un montón de húmedos vegetales, cedieron a sus espaldas.

Los apartó sin hacer ruido y pasó a otra habitación. Al fondo, divisó una ventana casi cubierta por las plantas trepadoras.

Los pasos de los guardias se escuchaban ya cercanos. Kit sacó el cuchillo y cortó parte de las ramas, practicando una abertura suficiente para el paso de su cuerpo.

Se colgó el rifle a la espalda y puso los pies en el alféizar. Los

escombros formaban una pronunciada pendiente y la vegetación había crecido tanto que, a no ser que lo que acababa de ver del interior, no podía presumir que la colina era, en realidad, una casa en ruinas.

Ascendió en completo silencio, hasta llegar cerca de la cúspide. Entonces, tendiéndose en el suelo, exploró el terreno con la vista.

El guardia que había quedado fuera estaba a una docena de metros de distancia, dándole la espalda. Kit pensó si debía dispararle primero, pero rectificó en el acto.

La detonación haría ruido y alertaría a los otros guardias. La nave exploradora estaba a menos de cien metros de distancia.

Reptó en silencio, aprovechando sus anteriores experiencias de cazador. Los primeros tiempos pasados en la Tierra habían sido duros, realmente primitivos. Pero le habían conferido ciertas habilidades, que en la Pentarquía, no hubiese podido desarrollar jamás.

Llegó a cuatro pasos del centinela, sin que éste hubiese advertido aún su presencia.

Entonces se puso en pie.

— ¡Eh! —dijo en tono normal.

El hombre se volvió, sobresaltado. Esto era lo que buscaba el joven.

Golpeó la mandíbula de su enemigo con la culata del rifle. El soldado se desplomó en el acto.

Kit le despojó de la pistola nuclear. Luego, sin perder más tiempo, echó a correr.

En pocos segundos, alcanzó la nave exploradora.

Rió satisfecho; ahora dispondría de radar. Podría ser localizado, pero él también podría localizar a otras naves enemigas.

Desde el punto en que estaba, lanzó una descarga contra su aeromóvil. El aparato explotó de manera ensordecedora.

Instantes después, se hallaba ante los mandos de la nave. En el mismo momento, los tres guardias salían del edificio, aullando como energúmenos.

Sin perder tiempo en sujetarse con el cinturón, Kit hizo arrancar el aparato, lanzándolo hacia delante a toda velocidad.

Voló a un par de metros escasos del suelo, pegadas las espaldas al asiento. En la primera arrancada, ganó un par de cientos de

kilómetros de velocidad a la hora.

Los guardias quisieron dispararle, pero el viento desplazado por el aparato los derribó por tierra.

Segundos después, Kit se había perdido de vista.

* * *

Desde la altura, Kit Fannion contempló con hosco ceño las ennegrecidas ruinas de lo que había sido el rancho de Ramón Losar.

Descendió suavemente y posó el aparato a unos metros de las ruinas.

Saltó al suelo, armado con la pistola nuclear. En lo sucesivo, no correría riesgos ni se andaría con contemplaciones.

El hedor de la carne corrompida le hizo arrugar la nariz. Los animales domésticos, muertos días antes, yacían esparcidos por todas partes.

Caminó despacio hacia la casa derruida. No encontró ningún rastro de cuerpos de personas.

Calculó que los esbirros de Macawberry habrían hecho prisioneros a Losar y su familia, encerrándolos en la vasta astronave que debía orbitar en torno a la Tierra, fuera de la atmósfera.

Todo estaba destruido, no había nada que pudiera aprovecharse.

Revisó con cuidado las ruinas y sus inmediaciones. No, los Losar no estaban allí, ni tampoco sus cadáveres.

Ello le hizo sentirse un poco más aliviado; al menos, conservaban la vida.

Allí no tenía nada que hacer. Se dispuso a dirigirse a Crimea, con el fin de obtener noticias de Irina.

Su nuevo aparato poseía un transmisor de radio, capaz de alcanzar cualquier distancia. No obstante, prefería guardar silencio por el momento; el uso de la radio podía delatarle.

De repente, cuando ya se disponía a marchar, divisó algo que brillaba en el suelo.

Se inclinó y examinó aquel objeto.

Era un trozo de cable conductor, desprovisto de su aislamiento, parcialmente fuera del suelo, donde, a juzgar por lo que veía, había estado enterrado.

Frunció el ceño; un cable conductor enterrado en el suelo no le

parecía lógico.

Tiró del cable, desenterrándolo más. Su sorpresa subió de punto al darse cuenta que el hilo poseía una gran longitud.

Fue desenterrándolo poco a poco, a la vez que seguía su tendido. Una hora después, llegó a lo alto de una loma donde, disimulado tras unos arbustos, pudo divisar un grabador de sonidos, pequeño y compacto, así como unos auriculares, con el fin de escuchar al mismo tiempo que se recogía el sonido.

El hilo conducía a la casa, situada a quinientos metros, en el fondo del valle. Los aparatos receptores, no sólo estaban disimulados bajo los arbustos, sino protegidos de la intemperie por una pequeña cúpula hemisférica, de plástico transparente.

—Nos han estado espiando —soliloquió—. Y así se comprende que adivinasen mis movimientos cuando hablé de visitar a los Alves.

Furioso, pegó un puntapié a la grabadora. Era una evidencia de mala fe irrebatible.

Descendió la pendiente y alcanzó la nave.

Poco después, emprendía el vuelo, lanzándola hacia delante a toda velocidad, con rumbo al Este.

Atravesó el Mediterráneo y sobrevoló los Balcanes a una media de mil quinientos kilómetros a la hora.

La distancia a recorrer era de unos tres mil kilómetros. Una hora y cuarenta minutos después de haber partido, avistó la costa occidental del Mar Negro.

Refrenó un poco la marcha, haciéndola subsónica, a la vez que perdía altura. Ya tenía el radar en funcionamiento.

Irina residía en el extremo más meridional de Crimea, en las cercanías del Cabo Sarych, casi donde empezaban los primeros contrafuertes de los Montes de Crimea. Ciertamente, no se podía negar que los Petrov hubiesen elegido mal a la hora de establecerse.

De repente, cuando ya divisaba la costa Sur de Crimea, empezó a notar un destello luminoso en la pantalla del radar.

Manejó los controles, tratando de situar la masa metálica detectada. A los pocos momentos, ya conocía su posición exacta.

¡Había una nave en las inmediaciones del rancho de Irina!

Perdió varios miles de metros de altura. Luego conectó la pantalla visora al telescopio.

La pantalla le trajo las imágenes de la granja, un aparato análogo al suyo posado en las inmediaciones y las figuras de varios soldados que estaban destruyendo las edificaciones con microgranadas nucleares.

Absortos en su labor, los esbirros de Macawberry no se habían dado cuenta de su presencia en el espacio.

Realizó una rápida exploración de los alrededores de la granja. Irina y los suyos no se divisaban. 0 estaban ya prisioneros en la nave o habían tenido tiempo de escapar.

—Bien —dijo a media voz—, vamos a darles una buena lección a esos salvajes.

Perdió altura a la vez que aumentaba la velocidad hasta e! límite de la del sonido. Fue un velocísimo descenso, de ángulo suave, sin embargo. A tres mil metros de la casa, niveló, quedando a medio centenar de metros del suelo.

Pasó como un meteoro por la vertical del rancho. La nave era mucho mayor que los aeromóviles corrientes y, por tanto, la masa de aire desplazada y sacudida también lo era.

Los soldados fueron lanzados con terrible violencia en todas direcciones por aquel pequeño tifón provocado. Kit se remontó, virando suavemente y luego volvió a perder altura.

Pocos momentos después, estaba convencido de que podía aterrizar sin peligro.

CAPÍTULO X

Saltó al suelo, empuñando la pistola con las debidas precauciones.

A poca distancia, divisó a un guardia tendido en el suelo.

Se inclinó y le desarmó, comprobando que sólo estaba desmayado a consecuencia de la violenta acción del aire desplazado, que lo había arrancado del suelo primero, para lanzarlo después a unos metros de distancia.

Era un método menos cruento y más efectivo de inutilizar a sus adversarios.

Pero preveía que habría de llegar el momento en que el uso de las pistolas nucleares se haría inevitable.

Desarmó a los demás guardias, recogiendo todo un arsenal. Uno de ellos empezó a recobrarse, pero Kit lo envió de nuevo al país de los sueños, aplicándole un rodillazo en la mandíbula.

Exploró las ruinas de la casa. Su paso, en plan de bólido, había terminado de destruir las paredes que las microgranadas no habían abatido.

Irina y su familia no estaban.

Respiró aliviado; al menos, se habían salvado. Si supiera dónde se habían escondido...

Regresó a la nave. En aquel momento, una voz pronunció su nombre.

—¡Kit!

Se volvió, exultante de júbilo.

—¡Irina!

La muchacha corría hacia él.

Se abrazaron con gran vehemencia.

—¡Dios mío! —exclamó ella, mirándole a los ojos—. ¡Te creía muerto, Kit!

El sonrió con malicia.

—Así pues, Macawberry no es tan imbécil como parece. Tenía razón cuando dijo...

—Calla —cortó ella, deliciosamente sonrojada—. No hablemos de esas cosas ahora.

—Tienes razón —convino Kit—. ¿Dónde está tu familia?

—Vimos venir a esos esbirros y corrimos a escondernos en una cueva cercana a la casa —aclaró ella—. Ni siquiera tuvimos tiempo de llevarnos So más indispensable.

Lanzó una mirada de pena en torno suyo.

—Ahora —suspiró—, todo está destruido. Yo era una niña cuando llegué aquí hará diez años... El menor de mis hermanos nació en esa casa que ahora está destruida...

—La levantaremos algún día —prometió él con firmeza —. Ahora, ve en busca de los tuyos; hemos de irnos.

—¿Adonde? —quiso saber Irina.

Kit se encogió de hombros.

—La verdad es que no tengo plan alguno concebido —respondió.

Irina reflexionó unos instantes.

—Ya estudiaremos algo más adelante. ¿Sabes algo de tu familia? —preguntó de repente.

El rostro del joven se ensombreció.

—No.

—Está bien. Luego iremos a ver qué ha sido de ellos. Aguárdame.

Irina se marchó, regresando a poco con sus padres y sus dos hermanos, menores que ella. Kit conoció así a la familia de la muchacha.

—Tenemos que irnos de aquí —aconsejó el joven, después de los saludos correspondientes —. Es probable que en la astronave de Macawberry tengan el plan de vuelo de la de estos granujas y cuando vean que se retrasan, enviarán a otra patrulla para investigar.

—Sí, pero, ¿qué hacemos con su nave? —preguntó el padre de Irina.

Kit reflexionó unos momentos.

—Bien, puesto que han sido tan gentiles —contestó en tono humorístico —, no podemos desdeñar un obsequio tan apreciable. Señor Petrow, ¿se atrevería usted a pilotarla?

—Claro — respondió el hombre sin vacilar.

—Bien, de momento, ya disponemos de dos naves —manifestó el joven — . Es de presumir que los hombres de Macawberry vayan por ahí destruyendo o confiscando nuestros aeromóviles. Nosotros les devolveremos golpe por golpe.

—Ellos pueden contraatacar —sugirió Irina un tanto temerosa.

—Una astronave como la del Inspector Jefe, pese a su tamaño, no lleva bombas totales —afirmó Kit —. Podrían lanzarnos una bomba nuclear de mayor potencia que las de las pistolas... pero tendrían que estar años enteros regando la superficie del planeta con esas bombas. Nuestra debilidad es también nuestra fuerza: somos pocos; no disponemos de grandes urbes densamente pobladas, que puedan aniquilarse con una sola bomba... Y la astronave de Macawberry, si es del tipo que yo me imagino, no podrá transportar más allá de una decena de naves exploradoras. Ya les hemos quitado dos, hagan ustedes mismos la operación aritmética.

—Bien, y ¿adonde nos dirigiremos ahora? —quiso saber la

muchacha.

El rostro de Kit se oscureció.

—Hace ya tiempo que no sé nada de mis padres —contestó.

—Entonces, no perdamos más tiempo —dijo el padre de Irina—. Partiremos en seguida.

El rancho de los Fannion estaba también destruido.

Kit había sentido pena al ver los otros ranchos y granjas arruinados, pero, en este caso, el sentimiento fue mucho mayor.

Sus manos habían tomado parte activa en el levantamiento de los edificios que ahora yacían por el suelo. Habían llegado allí, cuando la comarca no era más que un desierto.

Después de diez años, el duro trabajo empezaba a dar sus frutos. Y en unos instantes, todo el esfuerzo había sido reducido a la nada.

La casa, el granero, los cercados... todo era cenizas y ruinas.

Irina se acercó a él y le cogió por un brazo.

—Te comprendo —murmuró—. A nosotros nos ha pasado algo parecido. Es horrible.

Kit inspiró con fuerza, tratando de calmarse.

—Tus padres deben ser ahora prisioneros de Macawberry —apuntó ella—. Lo mismo que Losar y tanto otros.

Kit volvió la cabeza hacia ella.

—Pero la nave no puede contener a tres mil personas —alegó.

—No creo que hayan tenido tiempo de apresarlos a todos —manifestó el señor Petrow —. Pero es lógico pensar que la mayoría de ellos han debido escapar a las montañas o buscar un escondite para salvarse de la furia de los esbirros de Macawberry.

—La Pentarquía está demasiado lejos —rezongó el joven—. De lo contrario, sería cosa de denunciar la acción parcial de Macawberry.

—¿Te harían caso? — preguntó Irina.

—Cuando menos, habría un Pentarca que me escucharía.

—Spharel poco puede hacer contra los otros cuatro —dijo la chica.

—Pero la noticia se extendería y los Pentarcas tendrían que empezar a pensar en la opinión pública — manifestó Kit—. Y se supone que un Inspector Jefe, por mucha dureza con la que actúe, debe ser imparcial por encima de todo.

—Lo que dices está muy bien, Kit, pero olvidas el detalle más

importante,

—¿Cuál, Irina?

—Que la Pentarquía está nada menos que a dieciocho años luz de distancia. Estas naves no sirven para atravesar el espacio interestelar.

Los hombros del joven se hundieron. Permaneció así unos momentos y al cabo, dijo:

—Bien, con lamentaciones no saldremos del paso. Mientras discurrimos alguna acción efectiva, voy a ver si cazo carne fresca para la cena.

Regresó a su nave y tomó la carabina. Una hora después de su partida, volvió con un conejo de gran tamaño que, una vez limpio y despellejado, fue espetado en un asador rústico, sobre las llamas del fuego que habían preparado los Petrov.

La cena resultó excelente, pese a las preocupaciones de todo género que les embargaban. Al terminar, ya de noche, los padres y los hermanos de Irina se retiraron a la nave que les había de servir de alojamiento.

Kit e Irina quedaron sentados, frente a la hoguera. Las llamas danzaban alegremente, pero sus rostros reflejaban las preocupaciones que experimentaban.

Charlaron en voz baja durante un rato, hasta que la hoguera quedó reducida a un montón de brasas rojizas.

—Es hora de dormir —dijo la muchacha.

—Sí —convino él.

Se puso en pie. En el mismo momento, oyó el crujido de una rama rota a corta distancia.

—¡Cuidado, Irina! ¡Échate al suelo! —aconsejó, al mismo tiempo que él también lo hacía.

Alargó la mano y recogió su rifle, apuntando desde la oscuridad al sitio donde había escuchado el ruido. Irina disponía de una pistola nuclear y la empuñaba con firmeza.

—Amigos —sonó una voz.

—¿Quién es? —preguntó el joven, con la boca pegada a la tierra, a fin de disimular el origen de su voz.

—Un amigo...

—Acérquese batiendo palmas. Si deja de hacerlo, le atravesaremos con nuestros proyectiles —anunció el joven.

El desconocido obedeció. Poco después se hizo visible al leve resplandor de las brasas.

—Soy de confianza —dijo el hombre, un sujeto de cuarenta años, cuyo aspecto denotaba el cansancio y las penalidades a que había estado sometido en los últimos días —. Mi nombre es Hymie Parr...

Se sentó en el suelo, exhausto por completo.

—¿No tienen por ahí algo de comida y bebida? — rogó.

Kit hizo una señal. La muchacha se apresuró a traer los restos de la cena, así como una cantimplora con agua.

Parr comió y bebió con singular avidez. Kit había puesto algunas ramas más en las brasas y el fuego se había reavivado.

—Mi rancho fue destruido —explicó Parr —. Nos hicieron prisioneros, pero yo pude escapar. Hace no sé cuántos días que camino sin cesar, en busca de gente amiga... Sabía que su rancho estaba en esta dirección y, aunque no tenía mucha confianza en hallar a nadie...

—Un momento —exclamó Kit —. Parr, dice usted que les hicieron prisioneros. Explíqueme eso.

—Sí. A mí, a mi esposa y a mis dos hijos —contestó el sujeto.

—¿Se los llevaron a la astronave matriz?

—No. Tienen una especie de campo de prisioneros en Terranova. La astronave no podría contener a tanta gente. A medida que los capturan, los van llevando allí...

—Su rancho estaba relativamente cerca del nuestro, Parr — dijo Kit—. Tiene que conocer a mis padres.

—Sí —admitió el hombre—. Están allí. Y, como todos, aguardan las dos naves que Macawberry ha pedido para devolver los colonos a la Pentarquía.

Kit y la muchacha se miraron un momento.

—¿Sabe si hay muchos? —preguntó Irina.

—Oí hablar de varios centenares. Los esbirros de Macawberry se multiplican sin cesar y no dejan punto de reposo a los colonos, rancheros y granjeros.

El joven se frotó la mandíbula.

—Una astronave como la de Macawberry trae una tripulación más bien limitada. Un par de centenares como máximo, de los que sólo algo más de la mitad son guardias.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber Irina.

—Bien, ya dije antes que nuestra debilidad numérica es también nuestra fuerza. Capturarán a muchos, qué duda cabe, pero también quedarán bastantes que, como el amigo Parr, preferirán escapar y luchar cuanto sea necesario por mantenerse en la Tierra. ¿No es así? —preguntó Kit al individuo.

—En cuanto a mí se refiere, estoy dispuesto a pelear hasta la muerte — respondió Parr con firmeza —. Kit, dígame lo que debo hacer y obedeceré con gusto.

Sus ojos se inflamaron de cólera.

—No estoy dispuesto a abandonar el planeta, en primer lugar, y en segundo, si volvemos a la Pentarquía, ˆnos relegarán a la última clase de ciudadanos. Aquí se vive con bastantes privaciones y mucho trabajo, es cierto; pero, cuando menos, uno es dueño de sí mismo, de un pedazo de tierra, de algunos animales... ¡No, no quiero marcharme de este planeta! —concluyó Parr con calor.

—Muy bien —aprobó el joven —. Eso me complace mucho, Parr. Esta noche, pernoctaremos aquí. Veré si se me ocurre algún plan entretanto, pero no hay duda que el primer paso que debiéramos dar es reunir gente a fin de poder liberar a los prisioneros... y reducir a sus guardianes, claro.

—Somos pocos —adujo Irina.

—Seremos más, andando el tiempo. Las naves tardarán en llegar desde la Pentarquía. Antes de que...

Kit se interrumpió de pronto. Sus ojos se dilataron por el asombro.

Una raya luminosa, de color cárdeno en el centro y blanco en su principio, cruzaba el cielo velozmente.

— ¡Un meteorito! —exclamó la muchacha.

Antes de que Kit pudiese hablar de nuevo, el horizonte se iluminó con una luz deslumbradora.

CAPÍTULO XI

El resplandor cedió un poco, perdiendo parte de su brillo inicial. Aun así, su potencia lumínica era colosal. La luz se convirtió en un burbujeo de rayos multicolores que aparecían y desaparecían con

sorprendente rapidez. Después, se vieron muchos fogonazos de color rojizo sobre todo, que al fin terminaron por extinguirse casi por completo, aunque los focos que quedaban, semejantes a brasas mortecinas, ganaban altura con gran rapidez.

Kit Fannion comprendió en el acto la naturaleza del extraño fenómeno.

—¡Es una bomba nuclear de gran potencia! —exclamó. Todavía no habían percibido el fragor de la explosión, lo cual les indicó que ésta se había producido a gran distancia. Kit se puso en pie de un salto.

—Tenemos que irnos cuanto antes de aquí —manifestó—. Puede que el próximo proyectil no caiga tan lejos.

Irina corrió a despertar a sus familiares. Kit recogió sus armas, en el momento en que sus oídos captaban el ruido de la explosión.

—No me explicó cómo han errado el blanco —dijo Parr.

—El lanzamiento de bombas nucleares por medio de proyectiles dirigidos es algo que no se practica a diario en la

Pentarquía —contestó el joven—, Pero aquí poseen un espacio ilimitado y pueden practicar todo lo que quieran hasta acertarnos.

—Esto es como cazar pulgas a garrotazos —refunfuñó Parr.

—Sí, es una caza difícil —sonrió Kit—. Pero convendrá conmigo en que la pulga que recibe un estacazo, lo pasa muy mal. Aumente las proporciones y...

El señor Petrov llegó corriendo en unión de trina.

—¿Qué hacemos, Kit? —preguntó, alarmado.

—Lo primero de todo, abandonar el suelo. Parr puede ir con ustedes. Irina y yo volaremos juntos, aunque, la verdad, no sé adónde podríamos dirigirnos sin ser detectados por los radares.

—Se me ocurre una idea —dijo de pronto la muchacha.

—Habla —pidió Kit.

—Es evidente que nos han detectado. Pero las naves están muy juntas, así que lo más probable es que el radar las haya registrado como una sola masa metálica.

—Vamos a engañarles, haciéndoles creer que sólo usamos una nave. A fin de cuentas, son más espaciosas que nuestros aeromóviles y la acción de usar una sola resultaría perfectamente lógica.

—Sigue —la animó Kit.

—Despegaremos al mismo tiempo. Luego, tú y yo nos

colocaremos exactamente encima de la otra nave, a pocos metros de altura. Navegando de esta forma, podemos engañarles.

—A pesar de todo, no acabo de entenderte —dijo Kit

—Pues es bien sencillo. Deja que nos localicen y luego aterrizamos. Podemos registrar en nuestro radar los impulsos del suyo, ¿no? Entonces, cuando ellos, creyendo que sólo hay una nave, aterricen, nosotros, que estaremos escondidos, salimos y les sorprendemos. Así ya tendremos la tercera nave y sus posibilidades habrán disminuido otro poco.

Kit se pellizcó el labio inferior.

Miró a Hymie Parr.

—Haré cualquier cosa por liberar a mi esposa y mis dos hijos —manifestó el individuo.

—La idea es buena —convino el señor Petrov—. Y no porque sea cosa de mi hija.

—Estoy también de acuerdo —dijo Kit por fin—. Con una condición.

—Habla —pidió Irina.

—Tiene que ser esta noche. De día, no serviría; con el visor telescópico captarían en el acto las imágenes de las dos naves. Por la noche, tenemos más probabilidades de que crean que se trata de una sola, ya que se guiarán principalmente por el radar.

—Muy bien —convino la muchacha —. ¿Por qué no empezamos ahora?

Levantaron el vuelo de inmediato.

Parr manejaba el aparato en que iba la familia de Irina, quien volaba en el que pilotaba Kit. Estaba encima del otro, navegando tan sólo a unos pocos metros por encima del primero. La proximidad de ambas naves mostraría en la pantalla de radar un solo punto luminoso y ello, confiaban, induciría al error a los esbirros de Macawberry.

Aquella noche no sucedió nada de particular, ni las dos siguientes. Al llegar el día acampaban, dejando siempre las naves muy juntas, por la misma razón, y cubriéndolas en seguida con ramaje, para ocultarlas a la observación visual. Así pasaron tres días.

Durante las horas diurnas, Kit cazaba para conseguir alimentos, ya que la reserva de las naves era muy exigua y, además debían

conservarla en lo posible.

Al cuarto día, después de una breve conferencia, decidieron dirigirse, durante el período nocturno, a la región oriental del continente euroasiático. En aquella zona de la Tierra había un centenar de granjas, muy esparcidas, de todas las cuales era delegado Yuan-Hi.

Partieron apenas se hizo de noche, volando en la forma ya acordada. Sobrevolaron el Pacífico y a las tres horas avistaban la costa oriental del Japón.

Kit conocía la ubicación de la granja de Ito. El detector de infrarrojos permaneció inactivo.

—No hay nadie —dijo el joven, desalentado.

El detector era sumamente sensible, capaz de captar el calor irradiado por un cuerpo humano a varios kilómetros de distancia.

—Ito también ha sido hecho prisionero —murmuró Irina —. ¿Qué hacemos ahora?

—Sigamos hacia el Sudeste.

Por consejo de Kit, Parr hizo volar el aparato a ras de agua primero y luego al mínimo de altura sobre la costa, a fin de disminuir así sus posibilidades de ser detectados. Hora y media más tarde, el detector de infrarrojos anunció que se hallaban en las cercanías de una fuente de calor.

—Esa debe ser la granja de Yuan-Hi —dijo.

El detector mostró de repente un súbito chisporroteo.

—Parece una explosión —comentó Irina.

Kit tomó una decisión.

—Parr —llamó por radio —, aterrice detrás de la colina que tenemos frente. Empiece a perder ya altura.

Estaban a un nivel superior al de la colina, ya que debían salvar su cima para alcanzar el valle en cuyo fondo se hallaba la granja Yuan-Hi. Los dos aparatos perdieron altura con rapidez y luego se remontaron hasta quedar a unos metros bajo el nivel de la cumbre.

Separándose a un costado, Kit hizo tomar tierra a su nave. Inmediatamente, cogió el rifle y una pistola nuclear, además de unos prismáticos con proyector de rayos infrarrojos, y saltó al suelo, seguido por la muchacha.

Parr y Petrov les imitaron, también armados. El cuarteto ascendió hasta la cima y se tendieron en el suelo.

Kit enfocó los prismáticos hacia la granja, después de haber conectado el proyector de infrarrojos. Inmediatamente, una terrible escena apareció en su campo visual.

Los edificios estaban destruidos. A un lado, Yuan-Hi, su esposa y sus tres hijos, aguardaban resignados el momento de embarcar en una nave que esperaba a pocos metros de distancia.

Había cuatro guardias, dos de los cuales custodiaban a los prisioneros. Los otros dos, con armas de fuego corrientes, estaban disparando contra los animales domésticos.

Esto parecía divertirles muchísimo.

Kit sintió que le invadía una oleada de cólera.

—Están matando los animales de la granja. Yuan-Hi y su familia están prisioneros —anunció.

—¿Dejaremos que se los lleven sin hacer nada por ellos? —exclamó Irina, rebosante de indignación.

—En absoluto —respondió el joven. Parr, descienda al valle por la izquierda. Yo lo haré por la derecha, describiendo ambos un semicírculo, a fin de coger a esos granujas entre dos fuegos. Si se ve en peligro, tire a matar,

—De acuerdo.

Parr desapareció en la oscuridad. Kit se descolgó los prismáticos y dejó a Irina su pistola nuclear.

—Usaré sólo el rifle; es menos arriesgado para los prisioneros.

Y se lanzó a todo correr por la pendiente hacía abajo.

Continuaban oyéndose los estallidos de los disparos. Había unos dos kilómetros hasta la granja, la mayor parte de cuya distancia fue cubierta por Kit en un tiempo brevísimo. A unos trescientos metros de distancia, refrenó la marcha.

Ahora caminó despacio, sin hacer ruido, con el rifle bien empuñado. Parte de los edificios estaban ardiendo y ello proporcionaba la suficiente luz para que los esbirros de Macawberry pudieran realizar cómodamente su destructora labor.

De cuando en cuando oía alguna carcajada. Sí, los guardias se divertían mucho... pero él les iba a cortar la diversión.

Al fin, llegó a unos pocos metros del grupo compuesto por los prisioneros y sus dos custodios, los cuales flanqueaban a la familia de Yuan-Hi. Estaban vueltos de espaldas a él, contemplando el espectáculo, y ninguno se había percatado de su presencia.

Vaciló un poco. La distancia entre ambos esbirros era excesiva. Por otra parte, Se repugnaba abatirlos a tiros fríamente, aunque harto sabía que ellos no le concederían ninguna oportunidad, si le atrapaban.

Pero, al fin, halló la solución. Su pie tocó algo duro y sólido.

Cambió el rifle de mano y se agachó para recoger la piedra. Después de sopesarla, la arrojó contra el guardia que tenía más cerca.

Sonó un ruido seco. El guardia se desplomó en el acto.

Su compañero se volvió, asombrado. Corrió hacia el individuo caído y lo examinó con visible desconcierto.

Luego miró hacia la zona oscura.

—No se muevan —gruñó, dirigiéndose a sus prisioneros.

Avanzó unos cuantos pasos. De pronto, una sombra surgió a sus espaldas, pareciendo que brotaba del suelo.

Se oyó otro golpe seco: el del cañón del rifle contra la nuca del guardia. Este se derrumbó como una masa inerte.

—Yuan-Hi, soy Fannion — dijo el joven a media voz.

—El cielo sea alabado —contestó el oriental, corriendo hacia él —. ¿Cómo...?

Kit no tuvo tiempo de darle una respuesta. De pronto, estalló un vivo tiroteo a cuarenta o cincuenta metros de distancia.

—Échese al suelo, pronto —gritó el joven.

Y corrió hacia el lugar donde habían sonado los tiros.

Segundos después, se enfrentaba con Parr.

—¿Y bien, Hymie?

—Dos granujas menos —contestó el sujeto lacónicamente—. No quisieron rendirse... y no iba a pedírselo de rodillas, así que tiré contra ellos. No me arrepiento —dijo, desafiando al joven con la mirada.

Parr tenía prisioneros a su mujer y a sus hijos. Podía comprenderse lo que había hecho, aunque a Kit le hubiese gustado más dejar vivos a los guardias.

Bien mirando, apenas hacía otra cosa que obedecer órdenes. No eran culpables de lo que estaba sucediendo. Pero, con sentimentalismos, no conquistarían su libertad.

CAPÍTULO XII

Yuan-Hi no acababa de creer en su buena suerte.

—Su llegada ha sido muy oportuna, Fannion —dijo—. Mi familia y yo le estamos muy agradecidos.

—Ojalá hubiéramos podido hacer lo mismo con otros —contestó el joven apesadumbrado—. Macawberry está reuniendo en Terranova a todos los colonos. Ha pedido ya dos astronaves de transporte y cuando las tenga, nos devolverá como ganado a la Pentarquía.

—Pero podemos luchar —alegó el oriental.

—Eso estamos haciendo —concordó el joven—. Ya tenemos tres naves exploradoras en nuestro poder. Macawberry nos disparó el otro día una bomba atómica de gran potencia, pero no puede combatirnos sin cesar de este modo. Su ventaja estriba en que posee todavía siete naves y un mapa con la exacta ubicación de todos los ranchos y granjas.

—A nosotros nos cogieron por sorpresa —declaró Yuan-Hi—. Y, me imagino, que a todos los demás les habrá pasado algo por el estilo. ¿Tiene usted algún plan definido, Kit?

—No, excepto seguir combatiendo hasta reunir el número suficiente de luchadores para poder asaltar el campo de prisioneros y liberarlos a todos. Debe haber allí casi un centenar de posibilidades a nuestro favor.

Miró hacia las humeantes ruinas de la granja.

—Me imagino que su transmisor habrá sido destruido también —dijo.

—Sí, pero, además, no me serviría para grandes distancias. Macawberry ha inutilizado asimismo el satélite «reíais». Con esto ha dejado incomunicados a los ocupantes de los ranchos y granjas que todavía quedan en libertad.

El joven sintió que la cólera invadía su ánimo, hasta alcanzar límites exorbitantes.

—¡Ese Inspector Jefe parece que ha propuesto convertirse en un genio del mal! —exclamó, furioso.

—Su frase es muy adecuada —sonrió Yuan-Hi con suavidad—. Sin embargo, en todas las leyendas mitológicas, el genio del mal acaba por ser derrotado.

—Sí, pero ¿cuándo? —exclamo el joven con desesperación.

Sabía que aquella pregunta no tenía respuesta, por el momento.

* * *

En las dos semanas que siguieron lograron apoderarse de la cuarta nave. La quinta les atacó veinte días más tarde, pero Kit y los demás contestaron con el fuego de las pistolas nucleares y la destruyeron en vuelo.

Rescataron a varios colonos con sus familias y hubo que empezar a pensar en la conveniencia de establecer un campamento fijo.

Ello ofrecía bastantes inconvenientes, pues las naves no podían albergar a todos. Por lo tanto, Kit convocó una reunión de todos los liberados, a fin de obrar de acuerdo con una norma común y aceptada por la mayoría.

Estaban discutiendo todavía los primeros detalles cuando sonó un grito:

—¡Kit, venga!

El joven volvió la cabeza.

Parr estaba asomado a la escotilla de su nave, la cual, como todas, estaba enmascarada con ramaje. El aspecto del individuo parecía indicar urgencia.

—Esperen unos momentos, por favor.

Irina se puso en pie y le siguió instintivamente, sin saber bien por qué lo hacía. Los dos llegaron a la nave.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Macawberry quiere hablar con usted.

Kit se quedó con la boca abierta.

—¿Seguro? —dijo incrédulo.

—Entre y lo verá. Está en imagen —contestó Parr.

Kit penetró de un salto en la nave, sentándose junto al puesto del piloto. Irina le siguió en el acto.

Parr quedó tras los dos. Kit y la muchacha contemplaron la maligna faz del Inspector Jefe.

—Hola —saludó Macawberry desde cuarenta mil kilómetros de altura —. Ya era hora de que volviéramos a vernos de nuevo las caras, ¿eh?

—Esta noche se me agriará la cena — respondió Kit en tono insultante.

—No se preocupe; yo le proporcionaré tabletas antiácido — dijo Macawberry.

El joven sonrió.

—Cualquiera diría que tiene intención de invitarme a cenar, Inspector Jefe.

—Acaba usted de adivinar mi pensamiento, Fannion. Eso es exactamente lo que me propongo hacer con usted.

—Entonces, ¡váyase al diablo!

Kit alargó la mano para cortar la comunicación. Macawberry captó su gesto.

—Aguarde —dijo—. No será usted mi único invitado.

Hubo una pausa momentánea.

La imagen del Inspector Jefe desapareció de la pantalla durante algunos segundos.

De pronto, Kit sintió que se le desorbitaban los ojos. ¡Sus padres estaban prisioneros del Inspector Jefe!

Macawberry surgió detrás de la pareja. A Kit le pareció que su sonrisa era la de un demonio.

—Comprenderá —dijo Macawberry—, que no está en condiciones de rechazar mi invitación. Esa nave que tiene es muy veloz. Puede estar aquí para la hora de cenar.

El Inspector Jefe hizo una pausa deliberada, a fin de acentuar el interés dramático de sus palabras.

—Tengo medios para obligarle a subir hasta mi nave, aparte de los rehenes. Pero en el caso de que eludiera mi invitación, si a la hora indicada no se halla en mi presencia, arrojaré a sus padres al espacio por la escotilla más cercana.

—¡Maldito! —exclamó Kit, lívido de ira.

—Y, por si le parece esto poco, añadiré que tengo casi dos mil prisioneros en un lugar hacia el cual está apuntado un cohete con una bomba atómica. ¿Será capaz de sacrificar dos mil vidas a cambio de la suya, Fannion?

La voz del padre de Kit sonó en aquel instante.

—Hijo, ni tu madre ni yo queremos obligarte a hacer nada que vaya en contra de tus convicciones. Obra como mejor te parezca; no te lo reprocharemos jamás, hagas lo que hagas.

—No tendrán esa oportunidad —rió Parr a sus espaldas—. Inspector, esta pareja estará allí arriba a la hora señalada.

Kit e Irina se volvieron al mismo tiempo.

Parr les apuntaba con un rifle desde el asiento posterior.

—Ponga en marcha el aparato —ordenó Parr—. Y tenga en cuenta que si desobedece, volaré la cabeza de la chica.

El rostro del joven se convulsionó por la ira.

—¡Maldito traidor! —bramó.

Parr se echó a reír.

—Sobre esa calificación, las opiniones discrepan. Pero si el insultarme ha de servirle para desahogarse, hágalo cuanto quiera, no se lo impediré. De todas formas, con insultos o no, ponga en marcha la nave. ¡Pronto!

Los dientes del joven chirriaron.

—Fue capaz de matar a dos de sus compañeros para cubrir las apariencias.

—No —rió Parr—. Sólo fue una ficción destinada a engañarle. Era preciso buscar el momento adecuado para conseguir apartarle a usted del resto de sus compañeros. ¿Vamos?

—Obedece —dijo—. No nos queda otro remedio.

Movió las manos sobre la cabina; era preciso tener en cuenta que iban a salir al vacío.

Segundos después, la nave despegaba de un salto.

Los colonos que les vieron partir prorrumpieron en gritos de asombro. Pero ya no era posible hacer nada para detener la velocísima marcha del aparato, que en pocos segundos se perdió de vista.

* * *

La estratonave era enorme.

Tenía forma cilíndrica. Su longitud era de seiscientos metros por ciento cincuenta de diámetro.

En el centro, disponía de un vasto hangar, que podía albergar cómodamente las naves exploradoras. Kit guió la suya hasta la abertura situada en le vientre de la nave y atravesó el umbral.

Las compuertas se cerraron en el acto. Kit esperó unos momentos.

Dos hombres armados surgieron delante de él a poco. Ya se había restablecido la presión atmosférica normal en el interior del hangar.

—Bueno, afuera —dijo el joven.

Irina abrió la escotilla. La nave disponía de un cuarto de gravedad artificial, aprovechando la cual, saltó al suelo del hangar.

Kit la siguió. Detrás de él, encañonándoles con el rifle, iba

Parr.

El sujeto se dirigió a los guardias.

—Dejádmelos; yo me encargo de ellos — dijo.

—Está bien —contestó uno de los soldados. El trío abandonó el hangar. Subieron unas escaleras metálicas y llegaron a un largo corredor, flanqueado por numerosas puertas y escaleras ascendentes y descendentes que conducían a los distintos puentes de la nave.

Un ascensor les llevó a otro corredor, situado tres pisos más arriba. El aspecto de esta planta era de mayor desahogo; estaba destinada a los personajes importantes que viajaban en la estratonave.

—¡Alto ahí! —dijo Parr, deteniéndose ante una puerta, delante de la cual había dos guardias armados.

Uno de éstos abrió la puerta.

—Adentro —ordenó Parr.

Kit e Irina franquearon el umbral. Apoyado con negligencia en un mamparo, junto a un enorme ventanal, desde el cual se divisaba una magnífica panorámica de la Tierra, estaba Macawberry.

El Inspector Jefe tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Sonreía sardónicamente.

—¡Bienvenidos a mi humilde cena! —exclamó, en tono de satisfecha ironía.

CAPÍTULO XIII

Hubo un momento de silencio, después de las sarcásticas palabras del Inspector Jefe.

—¿No me dice nada, Fannion? —preguntó Macawberry, al observar que el joven permanecía mudo.

—Sí. Tengo muchas cosas que decirle. Algunas de ellas, no

pueden ser pronunciadas, sin embargo, en presencia de una dama. Además, los insultos tampoco van a resolver nada —contestó Kit.

—Tiene usted toda la razón, mi joven e impulsivo amigo —rió Macawberry satisfecho—. ¿De qué le ha servido todo su esfuerzo? La mayoría de los colonos están concentrados. Apenas si quedan unos cuantos ranchos y granjas en pie... Si se hubiesen mostrado dóciles desde el primer momento, las cosas se hubieran resuelto de una manera más cómoda.

—Para usted — replicó Irina con vehemencia—. De todas formas, pensaba destruir el trabajo de diez años.

—Calma —aconsejó Kit. Miró al inspector Jefe—: ¿Por qué lo ha hecho?

Macawberry se encogió de hombros.

—La colonia no funcionaba de manera satisfactoria —respondió.

Kit le apuntó con el dedo.

—Porque usted envió a una partida de granujas para provocar dificultades deliberadamente y tener así motivos para su actuación —tronó.

Los ojos de Macawberry despidieron chispas.

—No se invente fábulas, Fannion —rezongó.

—No son fábulas y usted lo sabe tan bien como yo. Pero eso es lo de menos ahora. Lo que de veras interesa aquí es el porvenir.

—El suyo es muy negro — rió el Inspector Jefe de modo insultante.

—No —contradijo Kit—. Yo lo veo de la siguiente manera: sentado en una cómoda hamaca, a la sombra de un árbol, con un vaso de refresco de frutas en la mano y un látigo en la otra. Y usted y sus esbirros, claro, trabajando en la reconstrucción de mi rancho.

Macawberry enarcó las cejas.

—¿Qué tonterías está diciendo, Fannion? ¿Es que no se da cuenta de la situación en que se encuentra?

Kit y la muchacha se miraron y sonrieron.

Macawberry se puso nervioso.

—Pienso juzgarle y sentenciarle a muerte —chilló—. ¡Será lanzado al espacio como rebelde...!

—¿Me lanzará usted? —preguntó Kit con tranquilidad, sin dejar de sonreír.

—Ese que está detrás de ustedes se encargará de cumplir la

sentencia —exclamó el atrabiliario individuo.

Kit se volvió hacia Parr.

—¿Este? —preguntó con calma. Alargó la mano y le cogió el rifle, sin que Parr opusiera la menor resistencia—. ¿Está seguro de que cumplirá sus órdenes, Inspector Jefe?

Macawberry se quedó con la boca abierta.

—¿Qué diablos…? —balbuceó, atónito.

Kit sonrió.

—Muy sencillo. Parr me hizo pilotar la nave. Pero cuando todavía estábamos dentro de la atmósfera, realicé una cabriola y se le cayó el arma. Reducirlo a la impotencia me costó poco y el resto, es decir, de fl hipnosis a que está sometido, se encargó la señorita Petrovna. Parr resultó ser un sujeto muy impresionable.

—En cambio, él no lo es —declaró Irina, mirando a Macawberry —. He probado a hipnotizarlo y no lo he conseguido.

Pero parecía que lo estaba. Macawberry les contemplaba con la boca abierta y una expresión idiotizada, que hizo reír a al joven.

—Bueno —dijo Kit—. Usted pensaba condenarme a muerte, pero se han cambiado las tornas. Ahora mismo, va a dar la orden de libertar a todos los prisioneros, empezando por mis padres, claro está. Después, se celebrará una reunión en la cual será sometido a juicio imparcial.

—¡Ustedes no pueden hacerme eso a mí! —chilló Macawberry —. ¡Soy un Inspector Jefe…!

Kit le miró con dureza.

—Su rango no le sirve aquí de nada —dijo—. Usted es un despreciable sujeto que, por los motivos que sea, ha tratado de combatirnos desde el primer momento, obstaculizando el franco progreso de la colonia. Le guste o no, somos nosotros los dueños de la Tierra y nos arrogamos la facultad de juzgar a quienes estorben ilegal y fraudulentamente nuestro progreso.

Hizo una pausa.

—Tendrá lo que usted pensaba concederme a mí: un juicio justo e imparcial. Pero todavía está en su nave y puede dar algunas órdenes a sus esbirros. Entre ellas, la primera y principal la de soltar a mis padres.

Macawberry cruzó los brazos bajo el pecho.

—No lo haré —desafió a Kit.

Kit le apuntó con la carabina.

—Le mataré. Y no bromeo — habló en tono que no admitía ninguna duda sobre sus intenciones—. Cada vez que me acuerdo de los Alves, miserablemente asesinados, se me remueven las tripas, al pensar en el hombre que dio semejante orden: ¡Usted!

El rostro de Macawberry se volvió de un gris ceniza. A pesar de todo, el odio seguía reflejándose en sus ojos.

—Está bien —dijo.

Y se acercó al cuadro de mandos.

Titubeó unos instantes. De pronto, su mano se apoyó sobre un botón de color rojo, el cual presionó a fondo.

Volviéndose hacia el joven, se apoyó con ambas manos en el mamparo. Su rostro estaba brillante por el sudor.

—Ahora ya puede hacerme lo que quiera —gritó—. Un cohete ha partido hacia el campo de prisioneros. Lleva cabeza nuclear y cuando estalle, ni uno solo sobrevivirá.

Kit e Irina se quedaron boquiabiertos al escuchar semejantes palabras.

El odio cegaba a Macawberry.

Pero ¿por qué ha concebido un odio semejante?, se preguntó Kit, tremendamente desconcertado.

¿Qué clase de hombre era aquél que, con tal de sacrificar a dos mil terrestres, mataba también a ochenta o cien guardias que le obedecían?

El cohete volaba en aquellos momentos hacia la Tierra a una velocidad exorbitante.

Dentro de unos minutos, estallaría a seis o setecientos metros sobre la vertical del campo de prisioneros. Dos mil personas morirían instantáneamente.

De repente, Kit concibió una idea que reputó de salvadora.

Correría un grave riesgo, pero valía la pena intentarlo.

Macawberry le miraba fijamente, apoyado todavía en el cuadro de mandos.

Kit le colocó el cañón del rifle bajo la mandíbula.

—¡Vuélvase y dé orden de que me dejen salir en una de las naves exploradoras! ¡Hágalo o antes de cinco segundos es hombre muerto! —exclamó.

Macawberry comprendió que el joven no bromeaba.

—Está bien —dijo.

Se volvió y habló brevemente por el micrófono.

—Añada que parto en cumplimiento de una orden suya —susurró Kit.

Macawberry obedeció. Entonces, Kit se volvió hacia Irina y le entregó el rifle.

—Quédate aquí con él. Si ves que intenta algo contra ti, ¡mátale como a un perro!

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Irina en tono angustiado.

—Trataré de salvar a los prisioneros —contestó él.

Empujó a Parr hacia la puerta. El traidor no se resistió.

—Abre y llama a uno de los centinelas. Dile que el Inspector Jefe lo necesita.

Parr obedeció mecánicamente.

Al hipnotizarle, Irina le había imbuido de que sólo debía obedecer las órdenes que ella o Kit pudieran darle.

Parr abrió la puerta. Uno de los guardias se asomó.

—Te llama el Inspector Jefe —dijo.

El guardia picó como un ingenuo. Un segundo después, caía al suelo, atontado por un fenomenal puñetazo que le había asestado el joven.

Kit salió al pasillo, armado con la pistola que había arrebatado al vigilante. Desarmó al otro y lo arrojó a distancia de un fuerte empellón.

Corrió como un loco hacia el hangar. Los soldados, recordando la orden de Macawberry, se apartaban a su paso.

En unos segundos estuvo al pie de la nave. Dos ayudantes, vestidos con escafandras espaciales, a fin de precaverse contra el vacío que se haría en el hangar segundos más tarde, le ayudaron a prepararse.

Kit trepó al puesto del piloto y se ató las correas.

Los segundos transcurrían y el cohete se aproximaba cada vez más a su objetivo.

El suelo de hangar se abrió. Kit lanzó la nave hacia abajo.

Aceleró poco a poco, pero quemando etapas, en su ansia por ganar el espacio perdido en aquellos minutos.

Contaba con una ventaja que podía ser decisiva.

En la proximidad de la atmósfera, el cohete tendría que

disminuir su marcha. Unos chorros de freno entrarían en acción automáticamente, reduciendo su velocidad a fin de evitar que se quemase por el frotamiento con la atmósfera. Después, volvería a acelerar, pero nunca pasaría de dos veces la velocidad del sonido como máximo.

Kit observaba ansiosamente la aguja del velocímetro y la pantalla del radar, cuya antena giraba dentro de la esfera de plástico protector, lanzando impulsos a razón de trescientos mil kilómetros por segundo.

De pronto, un punto luminoso apareció en la pantalla.

— ¡El cohete! —exclamó, sin poder contenerse.

El punto luminoso se desplazaba a una velocidad vertiginosa, a juzgar por su movimiento en la pantalla.

Kit orientó la nave de acuerdo con las indicaciones del radar. El computador automático de distancias le dijo que el intervalo disminuía rápidamente.

Pero el cohete estaba ya a punto de entrar en la atmósfera. Segundos después, captó la disminución de velocidad.

No obstante, mantuvo la suya al mismo ritmo. A poco, notó que el aparato se movía un poco.

La proa adquirió en pocos instantes un tono de color cereza, debido al calor generado por el roce con las Sapas superiores de la atmósfera. Frenó rápidamente y el cohete volvió a separarse.

La distancia al suelo era ahora de unos ciento veinte mil metros. Para Kit, aquellos segundos fueron los más angustiosos de su vida.

La trayectoria del cohete permanecía inmutable. Podía divisar Terranova claramente casi a sus pies.

Conectó la pantalla telescópica. A poco, tuvo el proyectil en su campo visual.

Desdeñando el calor, lanzó el aparato hacia delante a toda velocidad. Estaban ya a unos cuarenta mil metros de distancia de Terranova.

La aguja del altímetro descendió a gran velocidad. El velocímetro marcaba Mach 2,5… dos veces y media la velocidad del sonido, unos dos mil cuatrocientos kilómetros a la hora.

La distancia se redujo. Veinte mil metros.

Pero Kit divisaba ya el cohete a simple vista.

Gobernó la nave con pulso firme. Por un momento, pensó en

dispararle un par de cañonazos, pero se dijo que el riesgo que corría era aún mayor.

Se acercó al cohete, maniobrando con habilidad. El sudor le corría a chorros por el cuello y las mejillas.

Se emparejó con el cohete. La distancia al suelo era de unos quince mil metros escasos.

Ladeó la nave. Estaba a pocos metros del cohete.

Se acercó más, lenta, insensiblemente. De pronto, percibió un leve choque.

Empujó al cohete otro poco. Asestó el tercer empujón.

Inmediatamente, viró hacia la izquierda, muy despacio. A pesar de todo, la acción de la fuerza centrífuga le privó del conocimiento durante unos segundos.

Esto le impidió ver los resultados de su acción.

A setecientos metros de altura, la carga nuclear explotó con violencia inimaginable.

CAPÍTULO XIV

La astronave matriz disponía de un perfeccionadísimo sistema de detección de todo género, incluida la visual.

Por medio de las pantallas telescópicas, Irina y Macawberry pudieron seguir metro a metro las operaciones del joven. Vieron su valerosa acción al lanzarse contra el cohete y presenciaron también la explosión de la carga nuclear.

Una gigantesca columna de agua y vapor se elevó a poco de la superficie del mar, a pocos kilómetros de la costa. Cuando Irina estuvo segura de que el cohete había estallado a suficiente distancia de su primitivo blanco, movió los mandos del telescopio.

Se quedó aterrada. ¡No encontraba el menor rastro de la nave de Kit!

Sintióse invadida por una infinita congoja. Kit había perecido a causa de los efectos secundarios de la explosión.

Oyó a su lado una sarcástica carcajada.

—¡|El héroe ha muerto! —dijo Macawberry—. Y a mí me quedan más, todavía muchos más cohetes.

Ciega de furor, Irina se volvió contra Macawberry. Entonces, en

Inspector Jefe pegó un manotazo al rifle y lo lanzó a distancia.

—¡Agárralo! —ordenó al guardia golpeado primeramente por Kit,

El guardia obedeció. Acorralada, Irina se replegó hasta el mamparo más próximo.

La expresión demoníaca de Macawberry infundía miedo.

—Ese maldito entrometido no volverá a estropearme más los planes que he trazado —dijo—. El ha muerto y tú y todos los demás seguiréis su mismo camino.

Irina estaba aterrada.

Falta de la protección que suponía la compañía de Kit, desmoralizada por su muerte, se sentía desfallecer.

Macawberry avanzó hacia ella. Sus ojos parecían los de un loco.

De repente, chirriaron los timbres de la nave.

Macawberry se detuvo, mirando e torno suyo con expresión perpleja.

—¿Qué sucede? —gritó descompuesto.

Un hombre entró pocos segundos después. Era el capitán de la estratonave.

—¡Señor, se acerca una nave! —gritó.

El Inspector Jefe soltó una espantosa maldición.

—¡Ese condenado Fannion! —rugió.

—No, señor; no es la nave que usted cree. La que nuestros detectores han señalado procede del espacio exterior...

¡Viene de la Pentarquía!

* * *

Kit Fannion sintió que volvía a la vida poco a poco. Abrió los ojos, sintiéndose dolorido, a causa del zarandeo sufrido por los violentos movimientos de la nave, alcanzada por la onda de la explosión.

Recordó lo que había sucedido y se enderezó en el asiento. Corrigió el descenso y se remontó en el espacio. Respiró hondo. El riesgo principal había sido evitado.

Ahora, se dijo, volvería a la astronave. Tomaría el mando y haría liberar a los prisioneros,

Macawberry sería juzgado inexorablemente. Podían

disculpársele muchas cosas, pero nunca la muerte de los Alves.

Una hora más tarde, entraba de nuevo en el hangar. Desde la cabina, divisó un gran movimiento de gente.

Frunció el ceño. ¿Por qué estaban allí aquellos sujetos, vestidos con ciertos característicos uniformes, que sólo se usaban en determinadas ocasiones?

Estaban sin escafandra, lo cual le indicó que había presión atmosférica suficiente.

Abrió la puerta y saltó al suelo. Un hombre se le acercó.

—¿Kit Fannion?

—Yo mismo.

—Soy el capitán Adnssel. Sígame, haga el favor.

Kit obedeció sin rechistar. La actitud de Adnssel, en medio de su rigidez, poseía cierta cordialidad que no escapó a la perspicacia del joven.

Poco después, estaba en la cámara de mando.

Irina se arrojó en sus brazos, sollozando de alegría.

—¡Kit, querido!

Kit acarició suavemente sus cabellos. Tras las primeras efusiones, se dio cuenta de que no estaban solos.

Había un hombre de cabellos grises y noble porte, sobre cuyo hombro izquierdo, sujetando una toga púrpura, se veía un broche pentagonal, de vértices puntiagudos, en oro y brillantes.

Kit reconoció en el acto al Pentarca Spharel.

—Señor —murmuró.

Spharel sonrió benignamente.

—Celebro que se haya salvado, Fannion —dijo.

—Gracias, señor.

—Mi misión aquí es oficial —dijo el Pentarca —. Y disfruto de plenos poderes para resolver cualquier cuestión que pueda presentarse.

Kit guardó silencio unos instantes.

—Supongo —dijo en tono helado —, que aprobará las acciones del inspector Jefe.

—Nada de eso —replicó Spharel—. Macawberry...

Se interrumpió.

—Hubiera sufrido un castigo muy distinto, pero severo. Sin embargo, al verse perdido, quiso resistirse y...

Movió la mano. El capitán Adnssel abrió una puerta cercana.

A través de la misma, Kit pudo ver el bulto informe, cubierto por una manta.

—El mismo se lo buscó —añadió Spharel con severidad. Luego dulcificó el tono—. La señorita Petrovna me lo ha contado todo, Fannion.

Kit oprimió la mano de la muchacha. Sintió que la tensión de las últimas semanas, que había atenazado su espíritu, cedía de repente.

—Señor... —murmuró.

—Logré convencer por fin a mis colegas de la Pentarquía —manifestó Spharel —. En lo sucesivo, habrá más libertad de desplazamiento y de colonización. Cualquier habitante de la Pentarquía podrá venir aquí... o al planeta que prefiera.

—Es una decisión justa —alabó el joven.

—Así han terminado por estimarlo mis colegas —dijo Spharel —. En cuanto a los colonos de este planeta, recibirán toda la ayuda que necesiten, no sólo para rehacer lo destruido por ese demente, sino para avanzar aún más rápidamente en la recolonización.

Kit meneó la cabeza.

—Nunca he conseguido explicarme por qué hizo una cosa semejante. Usted lo ha dicho bien, Pentarca; Macawberry estaba loco.

—Era una frase —contestó Spharel —. En realidad, lo que sentía era despecho y frustración.

Kit le miró inquisitivamente.

—No entiendo —murmuró.

Spharel dijo:

—Ustedes saben que tos Pentarcas son elegidos, cuando se aproxima el período de renovación de cargo, entre los Inspectores Jefes, tras cuidadoso análisis de sus posibilidades y predicación de su comportamiento por las calculadoras humanoanalíticas.

—Sí.

—El examen de Macawberry indicaba cierta tendencia a la megalomanía. Por ello fue desechada su aspiración a ocupar un sillón de Pentarca. Esto no hizo sino aumentar sus sentimientos de frustración.

—Comprendo —murmuró Kit.

—Cuando se enteró de que este planeta iba a ser recolonizado,

solicitó dirigirlo. Su demanda fue rechazada también; los cargos directivos de la Tierra serían elegidos por sus mismos habitantes. Ello fue la gota de agua que hizo rebasar el vaso.

—Y organizó toda esa serie de crímenes para vengarse en nosotros y demostrar que sin él no sabíamos trabajar —dijo Kit.

—Así fue —convino Spharel—. Pero todo ha terminado ya. En el transcurso de este año, enviaremos naves con abundancia de material y pertrechos de todas clases. Podrán rehacer sus hogares y... —miró a Irina de reojo—/ fundar otros nuevos, me parece —añadió en tono malicioso.,

Irina se sonrojó vivamente.

Spharel hizo una seña al capitán Adnssel.

—Vámonos —dijo—. Estorbamos.

Los dos jóvenes quedaron solos.

Kit pasó el brazo por el talle de la muchacha. Irina apoyó la cabeza en el hombro del joven.

A través del amplio ventanal, contemplaron la Tierra, que resplandecía en el espacio, como una bola de fulgurante blancura.

—Fundaremos un nuevo hogar —murmuró él.

—Te debemos la vida todos —dijo ella.

— Eso ya pasó —contestó Kit—. Olvidemos las penas. Miremos al porvenir.

Irina volvió la cara hacia él. Kit la miró también.

La visión de su porvenir estaba reflejada en los ojos de ambos.

FIN